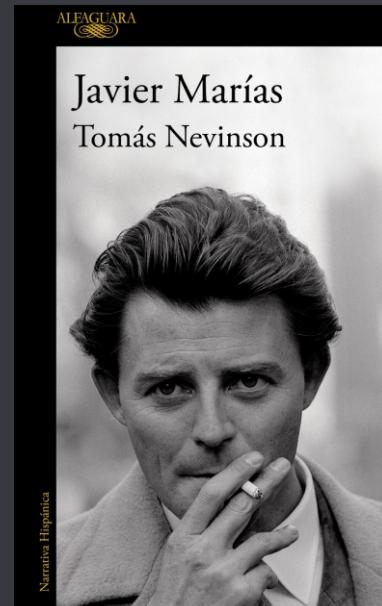




Visita al territorio de Javier Mariás



La Escalera

Lugar de lecturas

I

Yo fui educado a la antigua, y nunca creí que me fueran a ordenar un día que matara a una mujer. A las mujeres no se las toca, no se les pega, no se les hace daño físico y el verbal se les evita al máximo, a esto último ellas no corresponden. Es más, se las protege y respeta y se les cede el paso, se las escuda y ayuda si llevan un niño en su vientre o en brazos o en un cochecito, les ofrece uno su asiento en el autobús y en el metro, incluso se las resguarda al andar por la calle alejándolas del tráfico o de lo que se arrojaba desde los balcones en otros tiempos, y si un barco zozobra y amenaza con irse a pique, los botes son para ellas y para sus vástagos pequeños (que les pertenecen más que a los hombres), al menos las primeras plazas. Cuando se va a fusilar en masa, a veces se les perdona la vida y se las aparta; se las deja sin maridos, sin padres, sin hermanos y aun sin hijos adolescentes ni por supuesto adultos, pero a ellas se les permite seguir viviendo enloquecidas de dolor como a espectros sufrientes, que sin embargo cumplen años y envejecen, encadenados al recuerdo de la pérdida de su mundo. Se convierten en depositarias de la memoria por fuerza, son las únicas que quedan cuando parece que no queda nadie, y las únicas que cuentan lo habido.

Bueno, todo esto me enseñaron de niño y todo esto era antes, y no siempre ni a rajatabla. Era antes y en la teoría, no en la práctica. Al fin y al cabo, en 1793 se guillotinó a una Reina de Francia, y con anterioridad se quemó a incontables acusadas de brujería y a la soldado Juana de Arco, por no poner más que un par de ejemplos que todos conocen.

Sí, claro que siempre se ha matado a mujeres, pero era algo a contracorriente y que en muchas ocasiones daba reparo, no es seguro si a Ana Bolena se le concedió el privilegio de sucumbir a una espada y no a una tosca y chapucera hacha, ni tampoco en la hoguera, por ser mujer o por ser Reina, por ser joven o por ser hermosa, hermosa para la época y según los relatos, y los relatos

jamás son fiables, ni siquiera los de testigos directos, que ven u oyen turbiamente y se equivocan o mienten. En los grabados de su ejecución aparece de rodillas como si estuviera rezando, con el tronco erguido y la cabeza alta; de haberse aplicado el hacha tendría que haber apoyado el mentón o la mejilla en el tajo y haber adoptado una postura más vejatoria y más incómoda, haberse tirado por los suelos, como quien dice, y haber ofrecido una visión más prominente de sus posaderas a quienes desde su ángulo se las encontraran de frente. Curioso que se tuviera en cuenta la comodidad o compostura de su último instante en el mundo, y aun el garbo y el decoro, qué más daría todo eso para quien ya era inminente cadáver y estaba a punto de desaparecer de la tierra bajo la tierra, en dos pedazos. También se ve, en esas representaciones, al ‘espada’ de Calais, así llamado en los textos para diferenciarlo de un vulgar verdugo —traído *ex profeso* por su gran destreza y quizá a petición de la propia Reina—, siempre a su espalda y oculto a su vista, nunca delante, como si se hubiese acordado o decidido que la mujer se ahorrara ver venir el golpe, la trayectoria del arma pesada que sin embargo avanza veloz e imparable, como un silbido una vez que se emite o como una ráfaga de viento fuerte (en un par de imágenes ella lleva los ojos vendados, pero no en la mayoría); que ignorara el momento preciso en que su cabeza quedaría cortada de un solo mandoble limpio, y caída en la tarima boca arriba o boca abajo o de lado, de pie o de coronilla, quién sabía, desde luego ella no lo sabría jamás; que el movimiento la pillara por sorpresa, si es que puede haber sorpresa cuando uno sabe a lo que ha venido y por qué está de rodillas y sin manto a las ocho de la mañana de un día inglés de aún frío mayo. Está de rodillas, justamente, para facilitarle la tarea al verdugo y no poner su habilidad en entredicho: había hecho el favor de cruzar el Canal y de prestarse, y a lo mejor no era muy alto. Al parecer, Ana Bolena había insistido en que con una espada bastaba, ya que su cuello era fino. Debió de rodeárselo con las manos más de una vez, a modo de prueba.

Se le tuvo mayor miramiento, en todo caso, que a María Antonieta dos siglos y medio más tarde, a la que cuentan que se le dio peor trato en su octubre que a su marido Luis XVI en su enero, él la había precedido en la guillotina unos nueve meses. Que fuera

mujer no contó para los revolucionarios, o quizá es que la consideración del sexo les pareció antirrevolucionaria en sí misma. Un teniente llamado De Busne, que le mostró cierto respeto durante la custodia previa, fue arrestado y relevado en seguida por otro guardián más desabrido. Al Rey sólo le ataron las manos a la espalda cuando llegó al pie del patíbulo; el recorrido hasta allí lo hizo en un coche cubierto, cerrado, el del alcalde de París según creo; y pudo elegir al sacerdote que lo asistió (uno no jurado, es decir, que no había jurado lealtad a la Constitución y al nuevo orden que cambiaba a diario y lo condenaba). A su viuda austriaca, por el contrario, le ataron las manos ya antes del paseíllo, que hubo de efectuar en carreta, más vulnerable y expuesta al odio desatado en las caras y a los improperios del gentío; y sólo le ofrecieron los servicios de un sacerdote jurado, que ella declinó educadamente. Dicen las crónicas que la educación que le faltó durante su reinado la dispensó en los últimos instantes: subió los peldaños con tanta agilidad que tropezó y le pisó un pie al verdugo, con el que se disculpó de inmediato como si tuviera esa costumbre (*'Excusez-moi, Monsieur'*, le dijo).

Tiene la guillotina sus preámbulos de oprobio obligado: los condenados no sólo llevaban las manos atadas atrás, sino que una vez arriba se les ceñían los brazos al torso con una cuerda tirante, premonición del amortajamiento; al quedar rígidos y torpes, casi inmovilizados y sin poderse valer por sí mismos, dos auxiliares debían alzarlos como a un paquete (o como se hacía más tarde con los enanos a los que se disparaba desde un cañón en los circos) y deslizarlos o empujarlos boca abajo, completamente horizontales, tumbados, hasta que su cuello encajaba en el hueco asignado. En eso María Antonieta sí se igualó a su marido: los dos se vieron así cosificados en el momento postrero, manejados como bultos o balas de lana o como torpedos de un submarino arcaico, como fardos cuya cabeza asomaba antes de salir rodando de manera imprevisible, sin dirección ni sentido hasta que la detuviera alguien agarrándola del pelo, a la vista de la muchedumbre. A ninguno le pasó, en todo caso, lo que a San Dionisio según un cardenal francés maravillado de que, tras su martirio y decapitación durante las persecuciones del Emperador Valeriano, hubiera caminado con su

cabeza cortada bajo el brazo desde Montmartre hasta el lugar de su enterramiento (aligerando consideradamente la labor de los porteadores), donde se erigió luego la abadía o iglesia de su nombre: una distancia de nueve kilómetros. El portento dejaba al cardenal sin habla, aseguraba, pero en realidad enardecía su verbo, de modo que una ingeniosa dama que lo escuchaba lo interrumpió, rebajando con una sola frase la hazaña: ‘¡Ah, señor! —le dijo—. En esa situación, sólo el primer paso cuesta.’

Sólo el primer paso cuesta. Quizá se podría decir eso de todo, o de la mayoría de los esfuerzos y de lo que se hace con desagrado o repugnancia o reservas, es muy poco lo que se acomete sin ninguna reserva, casi siempre hay algo que nos induce a no actuar y a no dar ese paso, a no salir de casa y no movernos, a no dirigirnos a nadie y a evitar que otros nos hablen, nos miren, nos digan. A veces pienso que nuestras enteras vidas —incluso las de las almas ambiciosas e inquietas y las impacientes y voraces, deseosas de intervenir en el mundo y aun de gobernarlo— no son sino el largo y aplazado anhelo de volver a ser indetectables como cuando no habíamos nacido, invisibles, sin desprender calor, inaudibles; de callar y estarnos quietos, de desandar lo recorrido y deshacer lo ya hecho que nunca puede deshacerse, a lo sumo olvidarse si hay suerte y si nadie lo cuenta; de borrar todas las huellas que atestigüen nuestra existencia pasada y por desgracia aún presente y futura durante un tiempo. Y sin embargo no somos capaces de intentar dar cumplimiento a ese anhelo que ni siquiera nos reconocemos, o lo son tan sólo los espíritus muy valientes y fuertes, casi inhumanos: los que se suicidan, los que se retiran y aguardan, los que desaparecen sin despedirse, los que se ocultan de veras, es decir, los que de veras procuran que jamás se los encuentre; los anacoretas y ermitaños remotos, los suplantadores que se sacuden su identidad ('Ya no soy mi antiguo yo') y adquieren otra a la que sin vacilaciones se atienen ('Idiota, no creas que me conoces'). Los desertores, los desterrados, los usurpadores y los desmemoriados, los que en verdad no recuerdan quiénes fueron y se convencen de ser quienes no eran cuando eran niños o incluso jóvenes, ni aún menos en su nacimiento. Los que no regresan.

Lo que más cuesta es matar, es un lugar común que sobre todo suscriben los que nunca lo han hecho. Lo dicen porque no se imaginan a sí mismos con una pistola o un cuchillo, o con una cuerda para estrangular o un machete, la mayor parte de los crímenes llevan su tiempo y requieren un esfuerzo físico, si son cuerpo a cuerpo, e implican peligro (nos pueden arrebatar el arma en un forcejeo y ser nosotros quienes acabemos fiambre). Pero la gente se acostumbró hace mucho a ver rifles con mira telescópica en las películas, a los que sólo hay que apretar el gatillo para acertar y haber terminado, una tarea limpia y aséptica y con escaso riesgo, y hoy ya ve cómo alguien opera un dron a miles de kilómetros del objetivo e interrumpe una vida o varias sintiéndolo como ficción, como un acto imaginario, como un videojuego (el resultado se contempla en pantalla) o, para los más arcaicos, como el golpeo de la gruesa bola de acero en un *flipper*, contra la que combatimos. Aquí sí que no hay riesgo posible ni sangre que nos salpique la vista.

También cuesta, se supone, por la irreversibilidad del hecho, por su carácter definitivo: matar significa que ya no haya más en el muerto, que nada más brote de él, que ya no discurra ni alumbre ideas, que no pueda rectificar ni enmendarse ni reparar daño alguno ni ser convencido; que deje de hablar y de obrar para siempre, que ya nadie cuente con él y ni siquiera respire ni mire; que resulte inofensivo y aún más, del todo inservible: como un electrodoméstico averiado que pasa a ser un engorro, sólo un trasto que entorpece y se debe apartar del camino. La mayoría de las personas lo ven demasiado drástico, excesivo, tienden a pensar que hay salvación para cualquiera, en el fondo creen que podemos cambiar todos y también ser perdonados, o que cesará una peste humana sin necesidad de aniquilarla. Y además los otros dan pena en abstracto, cómo voy a quitarle la vida a nadie. La pena, sin embargo, amaina ante lo concreto, si es que no desaparece, a veces de golpe. Si es que no la suprimimos de cuajo.

Recuerdo una vieja película de Fritz Lang, era de 1941, estaba hecha en plena Guerra Mundial, cuando ni siquiera los Estados

Unidos habían intervenido y parecía imposible que Inglaterra resistiera sola contra Alemania, el resto de Europa sometido por ella o a sus órdenes de buen grado. Y empezaba de la siguiente manera: un hombre vestido de cazador, con sombrero, bombachos, polainas, interpretado por Walter Pidgeon, se acercaba con un rifle de precisión hasta un saliente o terraplén o precipicio, en un paraje frondoso de Baviera. Es el 29 de julio de 1939, tan sólo treinta y seis días antes del inicio de esa Guerra, y el lugar resulta ser Berchtesgaden, donde Hitler poseía una *villa* a la que se retiraba con frecuencia, incluso en medio de la contienda, el sitio mejor guardado de Alemania durante sus estancias. El cazador divisa algo al otro lado del terraplén o precipicio —tal vez es como el foso que resguarda un castillo—, se tumba boca abajo entre la maleza y observa con sus prismáticos. El rostro se le ve sorprendido y excitado por lo descubierto, y entonces saca de su zamarra la mira telescópica y la encaja en su arma y la ajusta a quinientas cincuenta yardas, poco más de quinientos metros. Lo que está contemplando es al mismísimo *Führer* en una terraza, paseando y conversando con un subordinado, un alto oficial de la Gestapo, recuerdo su extraño nombre medio inglés, Quive-Smith, interpretado por George Sanders con un monóculo y chaqueta blanca y pantalón oscuro, un uniforme muy parecido al que todavía en los años setenta lucían en las Cortes de Franco los procuradores falangistas, el estilo nazi los cautivó hasta el final.

En un primer momento Quive-Smith tapa a Hitler, el cazador no lo tiene en el punto de mira y se seca el sudor de la frente, nervioso. Pero al poco el oficial se marcha y el mayor criminal se queda solo. Ahora sí está a su alcance, en la diana. El cazador lleva el dedo al gatillo y tras una breve vacilación dispara. Sólo se oye un clic sin detonación, el arma no está cargada. Walter Pidgeon se ríe y le hace un gesto de adiós con la mano desde el ala de su sombrero. El espectador está al tanto de que hay un soldado armado en su cercanía, que patrulla el terreno y aún no ha visto al cazador oculto.

No sé qué explicará la novela en la que se basaba la película, pero lo que ésta muestra es que Pidgeon, tras el disparo fingido, se da cuenta de pronto de que *puede* matar a Hitler, de hecho acaba de hacerlo de mentirijillas. Mete entonces con prisa una bala en la

recámara y apunta de nuevo. El *Führer* continúa allí, está de frente, todavía no se ha retirado y su pecho sigue a tiro. Cuando más tarde es capturado e interrogado, el cazador le asegura a Quive-Smith o Sanders que jamás pensó disparar, que el desafío consistía tan sólo en comprobar que *podía* hacerlo, que había llegado hasta su guarida sin ser detectado ni interceptado. Se trata de lo que él llama ‘un acecho deportivo’. Abatir la pieza es una mera certeza matemática una vez que se la tiene al alcance y bien enfocada con el visor. No hay mérito en apretar el gatillo, él hace mucho que ha renunciado a ello, hasta con un conejo o una perdiz. Pero para que el juego fuera serio y no una simple parodia, el rifle debía estar cargado. ‘Su cálculo de la distancia es asombroso, casi sobrenatural’, le reconoce Quive-Smith, él mismo aficionado a la caza: tal como estaba ajustada la mira, lo ha verificado, le faltaban solamente diez pies, unos tres metros, para impactar en el objetivo. ‘Un hombre así no puede vivir’, añade. La observación de Sanders, sin embargo, resulta ambigua para el espectador. Pidgeon es el Capitán Alan Thorndike, un cazador internacionalmente célebre, de hecho su interlocutor lo conoce y lo admira, sabe de sus hazañas en África. Cabe deducir que ese mínimo error de tres metros era deliberado y que Pidgeon está diciendo la verdad, que nunca pensó meterle a Hitler una bala en el corazón. En serio, no.

Tal como se desarrolla la secuencia, también está cargada de ambigüedad: uno no está seguro de si Thorndike se ha encontrado al *Führer* por azar o si andaba buscándolo, por improbable que lo primero parezca. Da la impresión, en todo caso, de que sólo se le ocurre matar cuando ve lo concreto, cuando se da cuenta de a quién tiene a tiro. O ni siquiera, es más lento aún. Después de su simulacro, después del clic con el arma descargada y el adiós con la mano tras tocarse el ala del sombrero y la risa festiva de satisfacción, el cazador hace ademán de retirarse, se echa hacia atrás como quien ha cumplido su misión y nada más le queda hacer allí, en aquel saliente frente a la famosa mansión de Berchtesgaden. Y es entonces cuando cambia su expresión, se torna grave y más impaciente, como si ahora le faltara el tiempo, también más determinada (no demasiado, pero más). Es en ese momento cuando parece venirle la idea de que lo que ha sido un ensayo, una

pantomima, una diversión —un acecho deportivo—, se puede convertir en realidad y alterar el curso de los acontecimientos. De que está en su mano, en su dedo, rendirles a su país y a medio mundo un gran favor, y eso que el 29 de julio de 1939 todavía nadie se imaginaba cuán inmenso llegaría a ser tal favor. Lo que le suceda a él no cuenta, difícilmente lograría escapar, sólo cuenta la excitación. Así que mete la bala en la recámara, una sola, seguro de que dará en el blanco fácil, de que acertará y no necesitará un segundo disparo. Vuelve a acariciar el gatillo y está a punto de apretarlo, esta vez con consecuencias, consecuencias personales e históricas. En un instante, el *Führer* muerto y ensangrentado, borrado de la faz de la tierra que está a punto de dominar y arrasar, tirado en el suelo de su terraza, inservible, un despojo, un estorbo que ensucia, un resto. Habría que retirarlo de allí como a un gato despanzurrado, qué poca distancia entre el todo y la nada, entre la vida feroz y la muerte, entre el pánico y la piedad.

No sé la novela en que se basó, ya digo, pero la película no nos aclara nunca la definitiva intención de Thorndike el cazador, porque nada está hecho hasta que no está hecho del todo y ya no puede deshacerse, hasta que ya no hay vuelta atrás. Una hoja vuela desde un árbol y le cae sobre la mira. Malhumorado, Pidgeon la aparta, pierde la visual un momento y recobra su posición. Ha de volver a enfilar a Hitler, ha de tenerlo de nuevo nítido en su visor o las matemáticas no podrán culminar su infalible cálculo y el gato seguirá vivo y rondando, maquinará y arañará y rasgará. Pero ahora ya es tarde, una hoja que vuela es bastante para que el tiempo se acabe: el soldado que patrulla lo ha descubierto y se abalanza sobre él, y la única bala sale perdida hacia ningún sitio, en el forcejeo entre los dos.

¿Quién no habría hecho lo mismo en su situación, quién no habría dudado y acariciado el gatillo y sentido la tentación de disparar a sangre fría —‘Sí, un asesinato, no más’, como escribió el clásico restando importancia—, si hubiera tenido a Hitler a pecho descubierto y a tiro en 1939, por casualidad o por acecho y persecución? Y aun mucho antes de esa fecha, y fuera de la ficción. Porque esto otro no es ficción, a diferencia de la película de Fritz Lang: Friedrich Reck-Malleczewen no era en modo alguno un izquierdista ni tampoco era judío ni gitano ni homosexual, tuvo seis hijas y un hijo de sus dos matrimonios. Había nacido en 1884, le llevaba cinco años al *Führer*. Su padre era un político y terrateniente prusiano. Estudió Medicina en Innsbruck y sirvió como oficial en el Ejército de Prusia, pero abandonó la carrera militar por causa de su diabetes. Fue médico a bordo de un barco durante breve tiempo, en aguas americanas. Luego se instaló en Stuttgart para ejercer el periodismo y la crítica teatral, y más tarde se trasladó cerca de Múnich. Escribió novelas de aventuras para críos, y una de ellas, *Bomben auf Monte Carlo*, hubo de gozar de popularidad, porque fue adaptada cuatro veces al cine. Por todos estos datos, se diría un hombre más bien inofensivo, poco dado al alboroto o a la subversión. Pero era alguien educado, y con la mente lo bastante clara para despreciar y detestar a los nazis y a Hitler desde que aparecieron en el horizonte. Así que en mayo de 1936 empezó un diario secreto, aún es más, clandestino, que logró escribir hasta octubre de 1944, pese a que ya desde 1937 se cuidó de mantenerlo escondido en un bosque y de cambiar su escondite a menudo, por si las autoridades lo espiaban y vigilaban, su descubrimiento le habría acarreado la muerte. Sólo vio la luz póstumamente, en 1947, bajo el título *Diario de un desesperado*, y entonces se le prestó poca atención en su lengua, quizá todavía era pronto para recordar lo recién terminado. Casi veinte años más tarde, en 1966, se reeditó en tapa blanda, y eso propició que en 1970 se tradujera al inglés como *Diary of a Desperate Man*, en ese idioma lo leí.

Reck-Malleczewen consideraba a los nazis ‘una horda de simios crueles’ de los que se sentía prisionero, y, pese a ser católico

desde 1933, admitió el odio incesante en todo su ser: 'Mi vida en este hoyo iniciará pronto su quinto año. Durante más de cuarenta y dos meses, he pensado odio, me he acostado con odio en mi corazón, he soñado odio y me he despertado con odio', escribió. Vio a Hitler en persona en cuatro ocasiones. En una de ellas, 'tras su barrera de mamelucos', no le pareció un ser humano, sino 'una figura salida de un cuento de fantasmas, el mismísimo Príncipe de las Tinieblas'. En otra, al ver 'su pelo grasiento cayéndole sobre la cara mientras despoticaba' en una bodega sin dejarle comerse su salchicha y su chuleta en paz, le vio 'el aspecto de un hombre que intentara seducir a la cocinera' y le produjo una impresión de 'estupidez fundamental'. Al marcharse Hitler y hacerle una inclinación de despedida, le recordó 'a un *maître* en el acto de atrapar una propina furtiva y cerrar el puño sobre ella'. De sus ojos 'melancólicos y negros como la pez' dijo que eran 'como dos pasas inyectadas en su cara de luna color gris escoria, gelatinosa'. La primera vez, en fecha tan temprana como 1920, tras oírle una inflamada diatriba en una casa privada a la que más o menos se había autoinvitado, él y sus amistades, una vez libres del improvisado orador (el servicio se había alarmado creyendo que bramaba contra sus anfitriones y estaba a punto de agredirlos), debieron abrir una ventana a toda prisa para que el aire fresco disipara 'la sensación de consternación y de opresión', y Reck señala que 'no era como si la habitación se hubiera contaminado de un cuerpo sucio que hubiera estado allí, sino de algo más: de la esencia sucia de una monstruosidad'. Pese a su meteórico ascenso, en los veinte años transcurridos entre aquella primera vez y la última, 'mi visión de él ha permanecido inalterable. Lo cierto es que carece del menor gusto por sí mismo, en esencia se odia a sí mismo'.

La cita que viene a cuento es también, como las anteriores, del 11 de agosto de 1936 (larga entrada la de ese día), y en ella Reck-Malleczewen evoca una jornada imprecisa de 1932 en la que coincidió en un restaurante muniques, la Osteria Bavaria, con Hitler, que extrañamente llegó solo, sin sus acostumbrados matones y guardaespaldas (por entonces ya era una celebridad), atravesó el comedor y se sentó a la mesa contigua a la que ocupaban él y su

amigo Mücke. Al sentirse observado, examinado críticamente por ellos, ‘se desazonó y su rostro adoptó la expresión huraña de un burócrata de poco rango que se ha aventurado en un local al que no entraría normalmente, pero que una vez allí exige que por su dinero se le sirva y trate hasta en el menor detalle tan bien como a esos caballeros de ahí...’. Las calles eran ya poco seguras en aquel mes de septiembre, añade Reck, así que portaba siempre consigo una pistola cargada cuando se acercaba hasta la ciudad. Y este católico por convicción, este pacífico padre de siete vástagos, este autor de libros infantiles y juveniles, este hombre educado y burgués y septentrional, escribe lo siguiente sin que le tiemble ni vacile la pluma: ‘En el restaurante casi desierto podría haberle metido un tiro con facilidad. De haber tenido el menor atisbo del papel que esa inmundicia iba a desempeñar, y de los años de sufrimiento que iba a infingirnos, lo habría hecho sin pensármelo dos veces. Pero lo vi como a un personaje salido de una tira cómica, y así no le disparé’.

El 11 de agosto de 1936 aún había visto muy pocos sufrimiento y horror en comparación con los que vinieron después, y aun así Reck-Malleczewen piensa que no habría dudado en matar a sangre fría a un hombre ridículo que se disponía a almorzar a solas en 1932, de haber sabido entonces lo que sabía cuatro años más tarde y ocho y pico antes de morir, a la edad de sesenta, en el campo de concentración de Dachau. En esa fecha de su diario, cuando Hitler está ya completamente fuera de su alcance y del de casi todo mortal, se consuela de la oportunidad perdida en la Osteria Bavaria con un ataque de fatalidad que resulta premonitorio: ‘No habría servido de nada, en todo caso: en los consejos del Altísimo, nuestro martirio había sido decretado ya. Si en aquel punto se hubiera cogido a Hitler y se lo hubiera amarrado a las vías del ferrocarril, el tren habría descarrilado antes de alcanzarlo. Corren muchos rumores de tentativas de asesinarlo. Las tentativas fracasan, y seguirán fracasando. Desde hace años (sobre todo en esta tierra de demonios triunfantes) parece que Dios esté dormido’. Muy desesperado tenía que estar un cristiano conservador para echarle en cara a su Dios que no coronara con éxito los atentados de los hombres contra una de sus criaturas, sin aguardar a su Juicio Final.

Que no permitiera, qué digo, que no propiciara un asesinato alevoso y premeditado.

A Reck-Malleczewen, que descendía de un largo linaje de militares o eso decía, lo detuvieron por fin el 13 de octubre de 1944, acusado de ‘socavar la moral de las fuerzas armadas’ por haber alegado una angina de pecho al ser llamado a las filas de las patéticas milicias civiles improvisadas por Goebbels con adolescentes y viejos ante el avance ruso en el este (ese delito acarreaba pena de muerte en la guillotina), de contestar ‘Alabado sea Dios’ en vez del preceptivo ‘*Heil Hitler!*’ (hasta las putas estaban obligadas a gritar esto último dos veces por sesión, en los prolegómenos y en cada fingido orgasmo) y de alguna gravísima fruslería más. Tras pasar unos días en prisión temiéndose lo peor, y celebrarse un simulacro de vista oral, fue liberado merced a la inexplicable intercesión de un General de las SS que lo reprendió suavemente desde sus diez años de menor edad (él ya había cumplido los sesenta), y al que el diarista se refiere en sus últimas anotaciones como ‘General Dtl’. Por eso regresó a su casa y estuvo a tiempo de consignar esta experiencia en sus muy secretas páginas. Su hallazgo sí lo habría conducido a la horca o a la guillotina sin dilación ni remisión.

Pero volvieron a detenerlo el 31 de diciembre, y esto ya no pudo contarlo en su diario, bajo la acusación aún más grotesca de ‘menosprecio a la divisa alemana’, al parecer por una carta a su editor en la que se lamentaba de que la elevada inflación le estuviera mermando sus ganancias en concepto de derechos de autor. Esta vez no apareció el misterioso ‘Dtl’ y no se libró, y el 9 de enero de 1945 fue trasladado a Dachau, lugar de enorme insalubridad donde muy pronto enfermó. Un preso holandés que coincidió con él ha dejado un testimonio en el que lo describe como a un anciano lamentable y confuso, debilitado por el hambre y tembloroso de nerviosismo, que no había aprendido nada de los acontecimientos que había vivido. De ese mínimo retrato se me ha alojado en la memoria un detalle trivial, que son los que uno recuerda mejor: vestía un pantalón que le quedaba corto y una chaqueta militar verde italiana a la que le faltaba una manga.

Un certificado de defunción sostiene que Friedrich Reck murió de tifus el 16 de febrero, pero alguna otra fuente asegura que lo que le pasó en esa fecha fue que recibió un tiro en la nuca, quizá el que él le ahorró a la inmundicia, al burócrata de poco rango, en septiembre de 1932. El tiro del que se salvó aquel Hitler hambriento por parecerle un personaje de chiste a su perezoso y displicente ejecutor.

No se puede ser perezoso ni displicente, no se puede desaprovechar la ocasión porque lo habitual es que no se presente ninguna más, y acaso uno acabe pagando con su propia vida el escrúpulo o la duda o la piedad, o el temor a ponerse una marca indeleble —‘yo he matado alguna vez’—, lo ideal sería tener la presciencia de lo que cada individuo va a hacer y en qué se va a convertir. Pero si no conocemos a ciencia cierta lo acontecido, cómo podríamos guiarnos por lo que está por venir. Si a Reck-Malleczewen le resultó imposible dispararle al *Führer* en el restaurante, cuánto más imposible le habría resultado atropellar a un niño austriaco llamado Adolf a la salida de su colegio de Linz o de Steyr, o arrojarlo a un río en una bolsa bien cerrada y cargada de piedras —sí, como si fuera un gato sobrante— cuando ni siquiera era escolar, o asfixiarlo con una almohada en su moisés o en su cuna, en el pueblo de Braunau en que nació, de haber tenido la oportunidad y la edad. No se habría atrevido a considerar la posibilidad por muchos ‘atisbos’ que se le hubieran aparecido, ni aunque ‘los consejos del Altísimo’ le hubieran deparado la visión entera de lo que el infante iba a traer y esparcir. Matar a un niño o a un bebé de un lugar minúsculo y oscuro de Austria, fronterizo con Alemania, del que hasta le costaría salir; aducir que si vivía exterminaría a millones y sojuzgaría y ensangrentaría la tierra como nadie lo había hecho jamás: todo el mundo lo habría tomado por un loco y un iluminado, por un asesino aberrante, él mismo se habría tomado por tal, pese a haber contemplado el panorama y conocer el espanto que esa criatura indefensa albergaba en el interior de sus venas y se proponía desencadenar desde Múnich, Núremberg y Berlín.

Pero ya se ve que matar no es tan extremo ni tan difícil ni injusto si se sabe a quién, qué crímenes ha cometido o anuncia que va a cometer, cuántos males se le ahorrarán a la gente con eso, cuántas vidas inocentes se preservarán a cambio de un solo disparo, un estrangulamiento o tres navajazos, eso apenas dura unos segundos y después ya está, se acabó, ya cesó y se sigue adelante —casi siempre se sigue adelante, largas son las

existencias a veces y nada se para nunca del todo—, hay casos en los que la humanidad respira aliviada y además aplaude, y siente que se le ha quitado un gigantesco peso de encima, se siente agradecida y ligera y a salvo, risueña y libre por un asesinato, transitoriamente feliz.

Y aun así cuesta el primer paso: ni Thorndike en la ficción ni Reck en la realidad apretaron el gatillo cuando estuvieron a tiempo, y eso que los dos ya sabían de sobra que eliminarían algo malvado e insano, una pestilencia, una putrefacción con ‘su cara de luna de color gris escoria’, un cuerpo de consternación y opresión, ‘la esencia sucia de una monstruosidad’. Sí, estaban al tanto, pero aún no había acontecido lo inimaginable peor. No aprendemos nunca, y hace falta que lo ominoso se cumpla con creces para decidirnos a actuar, que el horror esté en marcha y sea ya irremediable para tomar una determinación, ver el hacha alzada en el aire o caída sobre los cuellos para ensartar a los que la empuñan, comprobar que los que parecían verdugos son en efecto verdugos, y nos ejecutan a nosotros además. Lo todavía no sucedido carece de prestigio y de fuerza, lo previsto y lo inminente no bastan, la clarividencia es desoída siempre, es necesario que todo sea corroborado por los terribles hechos, cuando es tarde y no tienen arreglo ni se pueden deshacer.

Y lo que toca entonces, paradójicamente, son el castigo o la venganza, que aún cuestan más y son de muy distinto cariz; porque ya no se trata de evitar una calamidad venidera ni quizá más abominaciones, lo cual ayuda sobremanera a justificar el asesinato, la acción de matar (ayuda la idea de conjurar la reincidencia, de impedir la reiteración, de detener nuevas desgracias). No, aquí es posible que quien haya cometido un crimen, o haya incurrido en traición o en delación, no tenga intención de volver a hacer daño nunca a nadie más; que no sea un peligro permanente y que su conducta punible fuera producto del miedo o de la debilidad o el trastorno, una excepción. Cuando se trata de venganza, lo que lleva a aniquilar a ese individuo es el rencor, la necesidad de resarcimiento, el odio perseverante o el incontenible dolor; cuando se trata de castigo, es más bien una advertencia fría para los demás, el deseo de sentar ejemplo, de escarmentar, de dejar bien

claro que eso tiene consecuencias y no se va a consentir. Es así como obran las mafias, incapaces de perdonar una falta o una deuda mínimas para que no haya un mal precedente, para que todos comprendan que nunca se puede ser irrespetuoso con ellas, que no se les puede robar ni mentir ni traicionar, que se las ha de temer. Y así es como también actúan el Estado y su justicia, a fin de cuentas, con su ceremonia y su solemnidad, o sin ellas cuando es preciso y todo se ha de hacer en secreto: ahuyentan el delito de otros, los disuaden mediante la condena del osado que los precedió. O del ufano, o del optimista, o es tal vez del ingenuo que tentó la suerte y se les adelantó.

Mi encargo era de esta índole, un castigo o una venganza, no la evitación de un crimen individual ni de una matanza (no al menos de manera inmediata), y así me costaría más llevarlo a cabo. Y si se trataba de una venganza, no era mía. Se había delegado en mí, se me había ordenado ponerla en práctica, y en las estructuras jerárquicas uno se acostumbra a obedecer las órdenes sin cuestionarlas —en realidad se presta a ello desde el principio: se compromete—, por mucho que albergue dudas o le produzcan repugnancia (siempre es libre de sentirlas, pero no le toca manifestarlas ni aducirlas). Hoy se juzga alegremente hasta al último peón de la historia, y los que lo hacen ignoran o pasan por alto qué les habría sucedido a esos peones si hubieran rehusado cumplirlas. Habrían corrido la misma negra suerte que sus víctimas, sobre todo en tiempo de guerra, y habrían sido sustituidos sin el menor parpadeo: otro peón habría ocupado el lugar y ejecutado la tarea, el resultado habría sido el mismo, hay muertes que están ya ‘decretadas’ en el cielo o en el infierno, como dijo Reck-Malleczewen del martirio de los alemanes. Desde la pausa, desde la paz o es la tregua, desde el presente que mira con desdén todo pasado, desde el ahora que se cree superior a cualquier antes, es muy fácil proclamar con soberbia ‘Yo me habría negado, yo me habría rebelado’, y así sentirse íntegros y puros. Es fácil execrar y condenar al que estranguló o apretó el gatillo o asestó los navajazos, y nadie se para a pensar a quién se eliminó ni cuántas vidas se salvaron con ello, o cuántas se había cobrado la persona asesinada o cuántas había causado con sus instigaciones o inflamaciones, con sus prédicas y sus plagas morales, viene a ser lo mismo o peor (el que sólo habla y azuza no se mancha de sangre, encomienda la suciedad a los persuadidos, les instila veneno y con eso basta para ponerlos en marcha y conseguir que se excedan salvajemente), aunque no se considere así siempre.

Yo llevaba tiempo retirado y ‘quemado’, como suele decirse de quien ha sido útil y ha dejado de serlo, de quien se ha expuesto a lo largo de años y se ha gastado con ellos, o bien de quien no ha tenido más remedio que permanecer en el dique seco y así ha

perdido sus facultades, sus reflejos y habilidades, o por lo menos se le han oxidado. Se me había dado de baja y yo había estado de acuerdo. Eso había coincidido con mi descubrimiento de un engaño originario (el que me metió en esta vida y en este trabajo, demasiado joven para oponerme) a cargo del que fue mi reclutador y mi jefe más visible, Bertram Tupra, más tarde Bertie, también llamado Reresby y Ure, Dundas y Nutcombe y Oxenham y otros nombres que ignoro, lo mismo que yo empleé unos cuantos en mi larguísimo periodo de actividad, fui Fahey y MacGowran, y Avellaneda y Hörbiger y Riccardo Breda, Ley y Rowland y Cromer-Fytton muy brevemente, y algún otro apellido que se me ha borrado de la memoria, ya me vendrá si me esfuerzo, porque todo mal vuelve y mi errabundia estuvo llena de males que después añoré, una vez terminados, como se añora todo lo que ya no está y estuvo, la alegría y la tristeza, el entusiasmo, el sufrimiento, cuanto nos obligó a avanzar y nos abandona.

Había regresado a Madrid, a mis remotos orígenes y a mi mujer y a mis hijos, cuya infancia me había perdido y a cuya primera juventud me incorporaba con tiento, como pidiéndoles permiso. Ella, milagrosamente, no me había rechazado del todo tras una ausencia continuada de unos doce años, no sólo ausencia sino también silencio: mientras anduve escondido, no podía arriesgarme a ser detectado si establecía contacto con ella, convenía que todo el mundo me creyera muerto y por lo tanto fuera de juego e inalcanzable, y eso es lo que Berta llegó a creer con ahínco pero sin certidumbre, es decir, intermitentemente. De manera aún más milagrosa, y pese a considerarse viuda en ciernes o *de facto* y luego viuda oficial y todavía más libre si cabe, no se había vuelto a casar ni a juntar con nadie que le durara, y así no me había sepultado en la hondura ni me había sustituido cabalmente, aunque la palabra ‘sustitución’ ya no cupiese. No por falta de voluntad o propósito, era seguro que habría llevado a cabo sus tentativas, pero por una u otra razón no habían cuajado esas relaciones, sobre las que nunca le pregunté, no me juzgaba ni con derecho a la curiosidad y además no me concernían, como tampoco a ella lo que yo hubiera construido durante mis andanzas, había tenido hasta una hija a la que había dejado atrás en Inglaterra. No la he visto más ni a nadie

le he revelado su existencia, si bien su nombre y su rostro, que para mí ya no varía y será siempre el de una niña pequeña, se me aparecen a menudo en mis ensueños o en sueños, Valerie o Val es su nombre. Valerie Rowland, supongo, si no se lo ha cambiado su madre en castigo póstumo por mi marcha, al fin y al cabo James Rowland fue un fantasma temporal, pasajero, de los que no se demoran en ninguna escala, y consta sólo en documentos falsos.

Ahora Berta y yo no vivíamos juntos —es difícil tras tanta separación y tan prolongada muerte aparente, uno se acostumbra a que nadie sea testigo de sus despertares ni de sus hábitos—, pero sí muy cerca, ella en nuestra antigua casa común de la calle de Pavía, y yo al otro lado del Teatro Real, en la calle de Lepanto, para ir de un sitio a otro no había ni que cambiar de acera. Y se me consentía acercarme al suyo y permanecer allí de vez en cuando como una visita de confianza, incluso quedarme a cenar con los chicos o sin ellos, y hasta nos acostábamos Berta y yo de tarde en tarde, como a veces se acuestan los pasados amantes, más por familiaridad o rezagado afecto que para revivir pasiones, y porque no hay que afanarse en indecisos cortejos ni en seducciones arduas. No descartaba que ella me expulsara y me sustituyera ahora por otro hombre, cualquier día, mañana, llevaba una vida en la que yo no entraba y no se sentiría menos libre por mi regreso. En lo que a mí respectaba, en ese campo, la verdad es que no me planteaba la posibilidad de iniciar nada nuevo. Era como si mis largos años de utilitarismo con las mujeres me hubieran dejado sin interés profundo por ellas (demasiado tiempo viéndolas como un instrumento), insensible a cuanto no fuera fisiológico y mecánico, un mero desahogo. Sentimentalmente abotargado y seco. Contemplaba esas ilusiones —las percibía en mis hijos, más en Elisa que en Guillermo— como algo existente pero que albergaban los otros, a los cuales yo había pertenecido en un tiempo lejano e ingenuo, en una vida tan distinta que me parecía imaginaria y me costaba reconocer como propia. Aún no había cumplido cuarenta y tres años cuando volví a Madrid en 1994, eso creo, me bailan cada vez más las fechas; pero era como si tuviera cien en ese aspecto, o es más, como si estuviera del lado de esa clase de muertos que todavía se empeñan en no desaparecer ni dar la espalda. Me refiero

sólo a las emociones y a las expectativas, no a lo sexual, no a lo instintivo. O quizá era que en el fondo estaba tan contento de haber recuperado algo con Berta (un remedio, una parodia, una pintura, una sombra, daba lo mismo) que no se me ocurría esperar nada más ni mirar más allá de sus ojos y de su figura. Entonces no me atrevía a expresármelo en estos términos tan claros, pero eso era lo más probable.

Ah sí, se me había dado de baja y yo había estado de acuerdo, o la cosa había sido recíproca. Yo me había desengañado y hartado y había anunciado mi defeción o mi deserción o como se llame esa figura en el MI6 y el MI5 o en los Servicios Secretos de cualquier República o Reino, y ellos me habían dado por amortizado, se habían considerado servidos: 'No te echaremos de menos tanto como hace años, llevas ya mucho tiempo inactivo y nada te ha impedido nunca marcharte', había sido la respuesta de Bertram Tupra, un hombre simpático y despreocupado en conjunto, e indiferente gracias a eso, yo creo. Hacía lo que quería y a nada le concedía importancia, uno de esos individuos que se echan el abrigo sobre los hombros y avanzan haciéndolo flotar o volar como un manto sin preocuparse de si los faldones, sueltos y descontrolados, azotan al pasar a alguien. Dejaba un reguero de víctimas accidentales y jamás volvía la cara para echarles un vistazo. Tenía asumido que ese era el estilo del mundo, o al menos el de la parte del mundo en la que se desarrollaba su trabajo.

No esperaba verlo más, ni oír su voz de nuevo, cuando me despedí de él en Londres sin quererle estrechar la mano que me ofreció sin problemas (el que ha engañado u ofendido no suele plantearse ninguno; es más, a menudo pretende que no se le tenga eso en cuenta, porque uno rebaja sus propios agravios y los de los demás los atesora y agranda). La apartó airosamente y encendió un cigarrillo, como si nunca me la hubiera tendido; le traía sin cuidado mi actitud despectiva, mi feo. Yo había estado a sus órdenes durante dos decenios largos, si ya no iba a estarlo quedaría cancelado, borrado, pasaría a ser un anodino paisano, o es más, un desconocido cuyo comportamiento ni siquiera merecería ser atendido, todavía menos escrutado. A un agente retirado sólo hay que vigilarlo de reojo para que no se vaya de la lengua y no relate lo que no debe, lo que no puede. La conciencia de la prohibición es suficiente para disuadirlo casi siempre, pero algunos se abandonan y se aplican a autodestruirse: se emborrachan, se drogan, se deprimen, se arrepienten y buscan expiación o castigo, se dan al juego y contraen deudas insaltables, se refugian en las religiones

tradicionales o en otras nuevas de pacotilla, todas absurdas; o bien se pavonean, necesitan hacer saber que han hecho algo valioso en la vida, no soportan que sus hazañas no consten en ningún registro, les acaba por pesar el secreto de su existencia. Piensan que los secretos sólo tienen sentido si alguna vez dejan de serlo, y que han de revelarse una vez al menos, antes de morirse. Y es frecuente que, cuando uno va a morirse (y hay muchos que lo creen así varias veces antes de tiempo), las consecuencias de sus últimos dichos y hechos le den completamente lo mismo, hoy se confía muy poco en los elogios fúnebres o en cómo será uno recordado. Se sabe que en realidad nadie es ya recordado, más allá de las primeras horas compungidas, en las que hay más impresión y pánico que recapitulación y remembranza.

Así que me sorprendí enormemente cuando me llamó por teléfono a mi trabajo de la embajada en Madrid, a la que había regresado sin complicaciones tras mi ausencia de tantos años. A un puesto más distinguido, de hecho, ventajas de mis sacrificios pasados. Mi memoria sigue siendo buena, pero no es la que era cuando permanecía activo y empalmaba mentiras e identidades falsas que debía sostener sin contradicciones ni descuidos. Y así había olvidado por completo algo que le había oído al Profesor Peter Wheeler cuando yo era jovencísimo y estudiaba en Oxford y volvía a Madrid en vacaciones, con mi familia y mi novia, que ya entonces era Berta. Wheeler fue el primero que vio mi utilidad y me tanteó para los Servicios, que adivinó grandes posibilidades en mi capacidad para aprender y hablar lenguas e imitar dicciones y acentos —según todos era un don, pero esa es palabra solemne para el que lo tiene desde la infancia—. También fue él quien me puso en contacto con Tupra, acto seguido se hizo a un lado y de hecho me depositó en sus manos, como el perro que le trae la pieza a su amo. En aquella ocasión del tanteo, y al mencionarse los rumores que corrían sobre sus viejas actividades como espía durante la Segunda Guerra Mundial, y cómo ahora echaba todavía una mano cuando se le solicitaba —tal vez en la captación de talentos, de alumnos que destacaran por algún excepcional motivo —, había dicho lo siguiente: ‘Son los Servicios Secretos los que mantienen contacto con uno, una vez que ha estado en ellos. Poco

o mucho contacto, como quieran. Uno no los abandona, sería como cometer una traición. Nosotros siempre estamos y esperamos'. Al recuperar mi memoria esta última frase, me vino en inglés, la lengua en la que él y yo hablábamos principalmente: pese a ser un brillante hispanista y lusitanista, se sentía más cómodo en ella y podía ser más preciso. '*We always stand and wait.*' Entonces me había sonado como si fuese una cita o una referencia a algo, y ahora soy lo bastante leído como para caer en la cuenta, al recordarla, de que era una alusión a un famoso verso de John Milton, aunque en su poema los dos verbos tengan un sentido muy distinto del que les dio Wheeler en aquel contexto, aquella tarde en su casa, quien había añadido: 'A mí no recurren apenas desde hace años, pero sí, a veces se producen intercambios. Uno no se retira, si aún puede servirles. Se sirve al país de ese modo, y así no se convierte en desterrado'. Había percibido en su tono una mezcla de tristeza, orgullo y alivio.

Yo sí creía haberme retirado cabal y definitivamente. Me creía libre, inútil, descartado, desterrado y hasta un poco apestado desde mi regreso a mi primera nación, España, sin percatarme de que cada mañana, cuando iba al trabajo y a mi despacho, me trasladaba a territorio británico, al fin y al cabo recibía mis órdenes y mi sueldo del Foreign Office, y había dado preferencia a mi segunda nación durante muchos años: había militado en sus filas con pasión y sin escrúpulos, y de ella había pasado a ser un patriota, cosa que no había sido nunca de la primera, largo tiempo contaminada por el franquismo. Y si no hubiera olvidado aquellas palabras antediluvianas de Wheeler, la voz de Tupra no me habría pillado tan desprevenido, o es más, no me habría sorprendido en absoluto. Porque eso fue esa llamada, el recordatorio de que nunca nadie estaba apestado ni a nadie se dejaba marchar del todo si aún podía prestar servicio al país, a la causa, contribuir a lo que él llamaba 'la defensa del Reino', algo tan amplio y difuso que cualquier cosa cabía en ello, hasta lo que nada tenía que ver, en apariencia, con su país ni con su ancho Reino menguante. 'Uno no los abandona, una vez que ha estado en ellos. Uno no se retira, son ellos los que mantienen contacto con uno, poco o mucho, como quieran.' Lo que había dicho Wheeler era que los Servicios Secretos prescindían de

sus activos cuando les convenía o se les quemaban o se les convertían en lastres, pero no a la inversa. Si volvían a necesitarlos, volvían a reclutarlos, por así decir; los requerían y los daban de alta con un chasquido de los dedos, o por lo menos lo intentaban.

Dándole vueltas al asunto aquella noche, tras haber concertado con reluctancia una cita con Tupra para los siguientes días, pensé en lo mucho que se parecían esos organismos nuestros a las mafias, en las que se entra y de las que uno puede ser expulsado —normalmente la expulsión es total, suele llevar aparejada la expulsión del mundo y de la vida—, pero de las que no se sale voluntariamente; y si se sale de mutuo acuerdo, como había sido mi caso, uno acaba descubriendo que tan sólo estaba de permiso o con una excedencia, por tiempo que se alargaran uno u otra. Aquellos a los que uno ha servido tienen información ilimitada sobre su pasado, conocen los hechos que llevó a cabo por indicación suya, y por tanto poseen la capacidad de tergiversarlos y presentarlos a una luz incriminatoria y fea. Basta con introducir un poco de verdad en la mentira para que ésta no sólo resulte creíble, sino irrefutable. Estamos en manos de quienes nos conocen de antaño, los que más pueden perjudicarnos son quienes nos han visto de jóvenes y nos han moldeado, no digamos quienes nos han contratado y pagado, o se han portado bien y nos han hecho favores. Nadie escapa a eso, a lo que se sabe que sufrió o que hizo, a los ultrajes recibidos, a los miedos no vencidos y a los resarcimientos que nos hemos ido cobrando en presencia de testigos o con su vital ayuda. Por eso muchos detestan y no soportan a sus antiguos benefactores, y ven al que los sacó de un apuro o de la miseria, o aun los salvó de la muerte, como a su mayor peligro y su mayor enemigo: es el último con quien desean cruzarse. Sin duda era Tupra mi mayor enemigo, la persona que más había hecho por mí y contra mí y más sabía en el mundo de mi trayectoria, infinitamente más que Berta, que mis padres muertos, que mis hijos vivos, ellos lo ignoraban todo. Y Bertram Tupra era, además, un artista de la calumnia.

Me extrañó que estuviera tan dispuesto a volar a Madrid, que no me persuadiera o comminara a viajar a Londres, a ir a verlo al edificio sin nombre en el que propuso citarnos y en el que supuse que trabajaba cuando nos dijimos adiós, y en el que yo me maliciaba qué hacía o tramaba: alguna vez me había llevado allí, me había sometido a unas pruebas con vídeos que no había superado a su juicio, me había hablado de unas dotes de las que por tanto yo carecía y que muy poca gente poseía, ‘los intérpretes de vidas’ los llamaba, o ‘los intérpretes de personas’, individuos capaces de prever las conductas con sólo echarles un vistazo a esas personas, o mantener una conversación con ellas o incluso observarlas en grabaciones, se daba por descontado que él sí era uno de esos portentos. Con gente así pretendía resucitar una vieja división de tiempos de la Guerra, creo, y reconstruirla a su gusto; quizá la había solicitado oficialmente y se le había concedido durante los años en que no nos habíamos visto, mis años en el dique seco o de destierro forzoso en una ciudad de provincias inglesa, los años en que casi todos me creyeron muerto. Y aún habría muchos que me lo seguirían creyendo, sobre los difuntos no corren noticias.

El día que volvimos a vernos antes de mi regreso a Madrid y yo le reproché su antiquísimo engaño, no le pregunté ni él me contó en qué andaba, por qué iba a hacerlo: Tupra era de los que sonsacaban y rara vez soltaban prenda, quería toda la información sin proporcionar él ninguna, o la mínima imprescindible para que se cumplieran sus encargos y maquinaciones. Entonces, además, me traía sin cuidado a qué se dedicara y qué le ocurriera: de hecho había acudido a la cita con mi Charter Arms Undercover en el bolsillo de la gabardina, por si acaso, el pequeño revólver que me habían permitido conservar en mi exilio y que me había acompañado en aquella ciudad todo el tiempo, una ciudad con río. En el instante —sólo en el instante, y después de cada uno vienen horas y días, y a veces años muy largos—, nada me habría complacido más que pegarle un tiro. Pero eso me habría condenado para el resto de mi vida, y lo que ansiaba por encima de todo era perder aquel mundo de vista y regresar al único sitio que me

quedaba, Madrid. Madrid era mi mujer olvidada y recordada y mis hijos desconocidos. Mal que bien, los había encontrado en su sitio y me habían admitido a regañadientes, o por lo menos no me habían rechazado del todo. En aquellas circunstancias aceptables, no me apetecía que Tupra reapareciera, de él no podía esperarse nada fácil ni liso, nada que no fueran turbiedades, complicaciones, enredos, nudos. Y creía haberlo dejado atrás para siempre, y que él me habría dejado aún más atrás, y aún más para siempre.

Di por seguro, en todo caso, que algún otro asunto lo traería a mi ciudad aparte de hablar conmigo, lo contrario habría sido vanidoso y darme excesiva importancia, y nadie tenía mucha para Reresby ni Dundas ni Ure. Por teléfono se había mostrado educado y levemente zalamero, sin llegar a melifluo, con esto último estaba reñido: 'Ya sé que no acabamos en buenos términos, Tomás Nevinson, pero se trata de un gran favor que me harías, por los largos tiempos pasados'. Me llamó así y no 'Tom' o por el apellido a secas, como había solido, sino por mi nombre completo y pronunciando a la española el de pila, Tomás Nevinson era el único nombre que en cierto modo permanecía intacto e incontaminado, el que jamás había empleado en ninguna de mis actividades oscuras, de sus encomiendas. Quizá se dirigió así a mí como si quisiera reconocerme que ahora volvía a ser ese y ningún otro, el original, criado en Madrid, hijo de inglés y española, por encima de todo un muchacho de Chamberí. 'Así que ahora me pide un favor —pensé, y no pude evitar sentir una ráfaga de satisfacción—. Ahora depende él de mí y me da la oportunidad de devolvérselas todas, de negarme y mandarlo a la mierda y cerrarle la puerta en las narices.' Pero Tupra sabía cómo invertir las tornas, y en seguida convirtió su anunciada petición en un favor que me haría él a mí: 'Bueno —añadió—, el servicio no sería sólo a mí, también a un amigo español, y en el país en que uno vive conviene tener gente agradecida, sobre todo si es gente importante o que lo va a ser de aquí a nada. Tú vives ahora en Madrid, y eso te vendría de maravilla. Veámonos, veámonos con calma y sin suspicacias. Déjame exponerte el asunto y tú verás si te haces cargo. No te lo ofrecería si no estuviera seguro de que eres el agente idóneo; es más, el único con posibilidades de éxito. Nuestra colaboración fue fructífera, ¿verdad? Apenas si me fallaste, y no

quieras saber cuántos fallos acumulan tus compañeros, los duraderos, tú y yo trabajamos juntos durante más de veinte años, ¿no es así? ¿O fueron menos? No sé. Casi ningún agente llega a durar tanto, en todo caso. Se gastan o se equivocan con lamentable rapidez. Tú no, tú aguantaste. Aguantaste hasta tarde'.

Que todavía se refiriera a mí como 'agente' me pareció la mayor lisonja, llevaba casi dos años retirado y convencido de que aquel retiro era definitivo e irreversible, de que lo que había constituido gran parte de mi vida había concluido y nunca regresaría, con la memoria en estado semivegetativo o sonámbulo, olvidando y recordando a la vez: durante el día procuraba olvidar cuanto había hecho y me habían hecho y me habían obligado a hacer, y sobre todo lo que había llevado a cabo improvisadamente y por iniciativa propia (a menudo no hay forma de recibir órdenes y uno debe decidir por su cuenta); durante el sueño la cabeza se me llenaba de pasado, en cambio, o acaso esa era la manera de expulsarlo luego, ese pasado, al amanecer, al despertar.

Había acabado decepcionado y harto y Tupra ya no me consideraba útil, o me sentía plenamente exprimido. Quería marcharme y ellos me dejaron marchar sin remordimiento. Había descubierto que mi inicio en las actividades se había debido a un engaño. Pero ¿quién se acuerda de los inicios de nada, después del largo tiempo transcurrido? En una relación amorosa prolongada, ¿qué importancia tiene quién dio el primer paso o hizo el primer esfuerzo, quién se afanó en construirla y quién se fijó en quién, no digamos quién tiró el primer tejo inoculando así en el otro la idea amorosa o la visión sexual, haciendo que el otro mirara al uno a una luz nunca alumbrada hasta entonces? El tiempo suprime el tiempo, o el que viene borra al que le deja el sitio y se fue; el hoy no se suma al ayer sino que lo suplanta y lo ahuyenta, y en esa esfera sin apenas memoria la continuidad difumina qué fue antes y qué después, todo se convierte en un magma indistinguible y uno ya no concibe la existencia que fue posible pero no aconteció, la que se descartó y se dejó de lado, la que nadie atendió, o es que se intentó y fracasó. Lo que no ocurre carece de brío y hasta de distinción, se pierde en la extensa bruma de lo que no es ni será, y a nadie le interesa nada de lo que no sucedió, ni siquiera a nosotros mismos lo

que no nos sucedió. Así que los prolegómenos no cuentan. Una vez que transcurren los hechos, éstos anulan cómo comenzó ese transcurrir, del mismo modo que nadie se pregunta por qué nació una vez que marcha por la senda a buen paso. O más, una vez que se echa a andar.

Nada había cambiado Tupra, y además no había pasado mucho tiempo, aunque a mí se me hubiera hecho infinito: cuando uno da algo por zanjado, cuando uno corta un hilo que se ha alargado durante décadas —un amor, una amistad, una creencia, una ciudad o un trabajo—, todo lo que sujetaba ese hilo se aleja espantosamente y confunde nuestras percepciones. Para mí Tupra era uno de esos hombres que aceptan el peso de unos cuantos años más de golpe, y luego mantienen a raya la edad durante muchísimos más, como si cada aceptación les sirviera para aplazar la siguiente indefinidamente, como si dominaran sus cambios de aspecto y éstos dependieran de su voluntad o concesión, de su consentimiento. Como si una mañana se dijeran ante el espejo: ‘Ha llegado la hora de aparentar más respetabilidad, o más autoridad y veteranía. Hágase’. Y otro día se dijeron: ‘Bien está así, suficiente. Deténgase aquí el proceso, hasta nueva orden’. No sólo tenía la impresión de que controlaba todo lo relativo a sus maquinaciones y empeños, sino también su maduración física o envejecimiento. Tal vez lo iba repartiendo entre sus numerosos nombres, eran seis que yo recordara para sobrellevarlo. El efecto era desconcertante y desazonaba, como si uno estuviera ante un individuo al que obedeciera el tiempo, el tiempo de su rostro al menos. Lo había visto por primera vez hacía veintitantes años en Oxford, me dio pereza efectuar el cálculo exacto, y no parecía que le hubiera caído un cuarto de siglo desde entonces, sino a lo sumo un decenio, y no uno de los crueles. También es verdad que se teñía las sienes, ya le había detectado esa coquetería en Inglaterra.

Lo había dejado elegir el lugar de nuestra cita pese a ser él quien me buscaba, las jerarquías difícilmente prescriben aunque el subordinado le haya perdido el respeto al subordinador y lo desprecie, y le tenga resentimiento y afrenta, y haya deseado un día pegarle un tiro. Me extrañó que propusiera un jardín en invierno (era el 6 de enero de 1997, para él no existían los festivos españoles, los desconocía y no eran pretexto), mucho más cercano a mi casa o buhardilla de la calle Lepanto que a la zona en la que él se movería durante su breve estancia, la de la embajada británica, suponía. Se

había guardado de contarme nada que no me concerniera, de darme un teléfono y de mencionar en qué hotel se alojaba, o quizá disponía de una habitación para invitados influyentes en la propia embajada, o había invadido el piso de algún funcionario del British Council o profesor del Instituto Británico, en el que yo había sido alumno hasta los catorce años para pasar luego al colegio Estudio, donde Berta llevaba la vida entera, allí nos conocimos de adolescentes.

Tupra era influyente, ya lo creo, y no sólo en su esfera ni en su país, allí estaba por encima de casi todas las autoridades visibles, desde luego de la policía, como había comprobado muy pronto en Oxford con el Sargento Morse o lo que fuera, y puede que de los militares de uniforme, nunca supe cuál era su rango o cuáles fueron siendo (habría ascendido a base de méritos), él era un paisano aparente. Y a las autoridades invisibles, a las que abandonan rara vez las alfombras, es posible que las toreada a menudo, o que decidiera no consultar con ellas cuando preveía cejas escépticas y prolongados silencios equivalentes a negativas tácitas. A esas autoridades, además, les conviene que algún inferior actúe por su cuenta o las desobedezca o no pregunte, para aducir sinceramente que no estaban enteradas de nada si las cosas salían mal o resultaban escandalosas. Tupra era también influyente en la mayor parte de Europa y en la Commonwealth, quién sabía si en los Estados Unidos y en las naciones asiáticas aliadas. Era muy propio de él no querer ser localizado, es decir, encontrado ni sorprendido, y así imponer sus condiciones y tiempos, ser él quien estableciera contacto y quien apareciera, ser él quien dirigiera los pasos y tomara la iniciativa en todo instante. Detestaba que le hicieran peticiones y le plantearan problemas, y en cambio él no cesaba de pedir a los otros y ponerlos en bretes, de exigirles semiproezas e impartirles instrucciones.

Llegué antes que él y tomé asiento en uno de los dos bancos de piedra, sin respaldo, del pequeño jardín en el que me había citado, un reducido y recoleto espacio vecino a la Plaza de la Paja, un minúsculo verdor en pleno Madrid antiguo o de los Austrias. No debía de ser el del Príncipe de Anglona, porque se abrió al público unos años más tarde, pero es como si fuera éste, en mi ya

titubeante recuerdo (mi memoria cada vez me juega peores pasadas: hay nombres, hechos y detalles que reproduzco con exactitud fotográfica, y otros del mismo periodo que son una nebulosa). Como el día estaba frío, me había calado mi gorra de visera larga y copa alzada, más de estilo holandés o francés que español o británico, según Berta me daba cierto aire marinero. A mis cuarenta y cinco años no me asediaba la calvicie, en modo alguno, pero sí había perdido pelo y tenía entradas de las que aún se consideran ‘interesantes’, que por fortuna no avanzaban. No me la quité de momento, al fin y al cabo estaba al aire libre, no he logrado deshacerme de la costumbre educada de descubrirme siempre bajo techo, a no ser que fingiera ser otro más grosero. Dadas la fecha y la temperatura, no era raro que allí no hubiera nadie, de hecho me extrañó que el lugar estuviera abierto, no creía que Tupra se hubiera cerciorado de ello de antemano. En la plaza cercana deambulaban familias, los niños habían sacado a pasear sus juguetes nuevos del día, o a exhibirlos, y algunos adultos portaban roscones envueltos. Un par de terrazas tenían sus mesas y sillas desplegadas aunque no fuera la estación propicia, el afán de la gente madrileña por estar en la calle llevaba a muchos a sentarse y tomar sus desayunos tardíos o sus aperitivos, bien abrigados. El día de Reyes es una jornada toda ella tardía y en sordina. Madrid no soporta los interiores.

Al cabo de un par de minutos entró en el jardín una mujer invernal, con un gorro de lana puesto, al primer vistazo le calculé treinta años. Miró un segundo hacia mi banco y, con gesto de leve contrariedad —como si yo fuera un invasor de su terreno—, se fue al otro, a cierta distancia. Vi sus ojos azules y la vi sacar un libro del bolso, un tomo de La Pléiade inconfundible para los que los hemos manejado. Por curiosidad me esforcé por identificarlo, y antes de que se pusiera a leer me pareció ver la viñeta del autor, habría dicho que era Chateaubriand de joven con su pelo romanticista y que por tanto la obra sería *Mémoires d'outre-tombe*. No pude evitar sospechar que Tupra la habría enviado, quizá como carabina o testigo alejado: él era cultivado y pedante pese a sus maneras expeditivas, con frecuencia rudas o incluso violentas: no en vano había estudiado como yo en Oxford (Historia Medieval dentro de

Historia Moderna, me había dicho una vez con precisión y un dejo de orgullo que no alcanzó a reprimir del todo: acceder a esa Universidad habría sido para él todo un logro en su juventud, viniendo de donde vendría; y había añadido, para no colgarse medallas que no poseía: ‘Me sirvió para conocer mejor a los hombres, que son distintos de los de entonces en la vida cotidiana, en las jornadas normales y civilizadas, pero no en las decisivas, que pueden tornarse salvajes en cuestión de segundos, y nosotros andamos por éstas con más frecuencia que la mayoría. Pero nunca me he dedicado a ello profesionalmente, no tenía nivel para eso’) y había sido discípulo del Profesor Wheeler, no en el sentido tutorial pero sí en uno más amplio y profundo, el que ataña a la formación de las personas. Una mujer sola leyendo a Chateaubriand en francés, junto a la Plaza de la Paja en enero (se había quitado el guante derecho de lana, con ellos no hay quien pase páginas de La Pléiade, de papel biblia), olía a escenificación, a *tableau vivant* preparado, o quizá era una advertencia que difícilmente me llegaría, alambicada, para hacerme pensar en la ultratumba antes de verlo, en la que yo ya había permanecido lustros, al menos para mis allegados y mis ofendidos, los que me habrían querido eliminar por venganza o por justicia (apenas si las distingue el ojo del damnificado), los que me perseguían. Si se trataba de un rebuscado aviso improbable, sin embargo lo había recibido, porque el concepto de *outre-tombe* se me metió en la cabeza. La joven se enfrascó en su lectura y no volvió a dirigirme una mirada mientras aguardé a mi cita.

Tupra se presentó con siete u ocho minutos de retraso, también eso era propio de él, hacerse esperar, sin abuso ni exageraciones pero siempre un poco. No llevaba el abrigo oscuro sobre los hombros como solía, sino puesto y cerrado, las más de las veces el frío de Madrid es superior al de Londres. Faldones hasta la mitad de la pantorrilla como se estilaban en los ochenta y noventa, una bufanda clara al cuello y guantes negros de cuero como los míos, vestíamos muy parecido. Conservaba su paso resuelto y a la vez indolente, como si nunca lo acuciara la prisa y el mundo debiera suspenderse hasta que él se hubiera incorporado a cada circunstancia que lo concerniera. Por qué habría debido perder el

paso enérgico: en realidad era sólo unos años mayor que yo, aunque hubiera tenido la sensación, al conocerlo, de que me sacaba varias vidas de ventaja. Ahora tal vez ya no me sacaba tantas, porque yo había acumulado las mías desde aquel remotísimo entonces, e incluso había perdido una o dos de ellas, se me había declarado muerto *in absentia* y Berta había sido viuda oficialmente, con compensaciones. Al entrar él en el jardín miré hacia la joven del otro banco. Que no levantara la vista para registrar al nuevo intruso en su territorio me afianzó en mi idea de que Tupra la había convocado. Para qué, quién sabía. Acaso no se fiaba de mí, yo podía haber cambiado. Él se sentó a mi lado, se abrió los botones inferiores del abrigo para liberarse las piernas y cruzarlas, sacó un cigarrillo, lo encendió sin saludarme aún verbalmente (me había hecho un gesto con el mentón), como si no hubiera pasado más que una semana desde nuestro último encuentro. Es decir, como si me tuviera tan visto como a quienes seguían bajo sus órdenes a diario. Yo había dejado de estarlo en 1994, para siempre.

—Me gusta observar los tópicos —me dijo—. ¿Tú te has fijado en que en todas las películas de espías se sientan en bancos como si fuera algo casual ocupar el mismo, como si coincidieran? Aunque haya otros cinco libres bien cerca. Es muy ridículo. Aquí, por lo menos, no es el caso.

‘¿Qué toques de difuntos, qué campanas para los que mueren como ganado?’, me vino inesperadamente a la mente ese verso primero del popular poema de 1917, popular en Inglaterra, escrito por uno de esos jóvenes que dejan de existir a los veintitantes años y perecen en manada. La presencia de Tupra anunciaba casi siempre muerte o la rondaba o la rememoraba, alguna muerte antes o después, pasada o futura, para padecerla o infligirla, a veces con nuestras propias manos, pocas, con más frecuencia indirectamente por palabras murmuradas. Sus muertos no morían como ganado, en tiempos de paz eso sólo ocurre esporádicamente en nuestro mundo y estábamos en tiempos de paz aparente, aunque para él hubiera un perpetuo estado de guerra del que la gente no se daba cuenta. Para que la gente no se percatara, ni de eso ni de casi nada; para que siguiera con sus codicias minúsculas, sus quehaceres y sus tribulaciones de día en noche y noche en día, hacían falta individuos como él o como yo en mi vida antigua, vigías que nunca duermen y desconfían permanentemente. Para él no regía esta cita de los *Psalmos*: ‘Si el Señor no guarda la ciudad, el centinela sólo se despierta en vano’. Él sabía que no hay Señor y que no guarda nada, y que andaría soñoliento o distraído si lo hubiera, luego el vigía fundamental nunca sestea ni tan siquiera descansa, porque es el único que defiende el Reino, él y los suyos.

No, los muertos que Tupra traía consigo eran individuales, eran todos con rostro aunque no con nombre por fuerza, o no con el recibido en la hora de su nacimiento; venían señalados tiempo atrás con una flecha o una diana, sentenciados en un despacho o en una taberna, y así, por morir a solas, merecían toques de difuntos y los obtenían y las campanas tañían por ellos, por cada uno en su tierra, en su casa, allí donde fueran queridos pese a sus crímenes o por haberlos cometido, como acaso tañeron por Hitler en su pueblo natal de Braunau, o en Steyr o en Linz donde fue al colegio, alguien lo recordaría de niño en esos lugares y lo lloraría a escondidas. Así

que eran muertos que no se olvidaban ni se confundían, con los que uno había tratado en vida e incluso había hecho amistad no enteramente fingida, con los que había intercambiado anécdotas y algún recuerdo verdadero o falso. ‘Las pálidas frentes de las muchachas serán sus paños mortuorios’, seguía el poema en algún verso, y terminaba con este otro, era el que yo recordaba: ‘Y cada lento atardecer una bajada de persianas’.

Qué persianas querría bajar Tupra en Madrid, o Ure o Reresby, tanto daba, a qué ventana o balcón apuntaba. Qué frentes mandaría palidecer en aquella mañana fría de Reyes, me pregunté sin poder evitarlo. Seguiría siendo el mismo como lo era de aspecto, el centinela no se permite cambios o la ciudad cae y es conquistada, tampoco envejecería de espíritu ni de carácter, o no todavía, el día que ya no estuviera alerta él sabría hacerse a un lado. Si me quería ver, si me había citado donde no pudiera haber escuchas, era para algún encargo, para que dejara de ser un ‘absentee’ o ‘ausentado’, así llamaban a los agentes retirados pero que aún se beneficiaban de la institución que los había expulsado o que ellos habían abandonado, quiero decir económicamente, y que por tanto no iban a la deriva por su entera cuenta y riesgo, y sobre los que se mantenía cierto control hipotético, remoto: los que percibían subsidios si estaban en edad de jubilación o muy cascados, u ocupaban puestos más apacibles, lo bastante remunerados para sobrevivir, si eran jóvenes objetivamente pero se habían desequilibrado o desmotivado en exceso y ya no resultaban aptos. (Los Servicios Secretos británicos tenían a gala no dejar a nadie atrás, ni siquiera del todo a los traidores, si habían cumplido con eficacia su parte leal, o antes de serlo.) Porque subjetivamente nadie era joven tras un decenio o dos en activo y a pleno rendimiento: había gente que había hollado mucho el terreno y se había desgastado tanto que se la había colocado en una oficina, y que con treinta y cinco o cuarenta años se echaba a llorar ante su mesa de pronto, delante de sus colegas, sin motivo visible y sin que nadie le hubiera dicho nada, como a menudo hacen algunos ancianos, los hay a los que se les saltan las lágrimas por cualquier tontería, por una película o una música, por una emoción recóndita y para los demás indescifrable, por un recuerdo secreto o por la mera

presencia de un niño, deben de pensar ante éstos: 'Disfruta ahora que no sabes nada y todavía no te ha dado tiempo a hacer nada, a hacerle daño a ninguna persona, aunque a ti ya puedan hacértelo, eso viene con el nacimiento y sólo el primer paso cuesta. No sabes que llegará la fecha en que seas viejo como yo, ni siquiera entiendes qué es "viejo" o crees que no va contigo si es que te empiezas a hacer una idea al verme a mí o a tus abuelos o a otros con ceniza en la manga y sentados en los parques. Y lo que menos puedes imaginarte es que las campanas tocarán por ti a difuntos y se bajarán por ti las persianas, si es que esas antiguas costumbres se conservan para entonces, no llevan camino, probablemente se respetan ya sólo en los sitios pequeños, tan escasos de habitantes que cada cual aún es alguien y se nota cuando deja de serlo. Aprovecha que eres fresco e ignorante y que pocos pueden utilizarte, y que las órdenes que se te dan son muy simples y no te turban la conciencia. Aprovecha que no sabes quién eres, ni en qué clase de hombre o mujer vas a convertirte, aprovecha que no tienes conciencia o solamente un rudimento, algo que se está construyendo y que por desgracia no habrá quien detenga. Pero se forja muy lentamente, así que disfruta, aunque no lo sepas, de este largo tiempo en que no rindes cuentas ni todavía oyes lamentos'.

—Figura que lo hacen para que nadie los oiga —le contesté—. Al aire libre no hay micrófonos ocultos, a menos que lo lleve encima uno de los interlocutores, y nosotros no nos tendemos trampas entre nosotros, ¿verdad?, una vez que trabajamos juntos con un mismo objetivo. Otra cosa es cuando uno de los dos no trabaja, cuando se resiste. —No tardé nada en aludir a su engaño originario, pero él no reaccionó, guardó silencio, para él era un episodio sin importancia; por mucho que se empeñara, no podría darle el valor que yo le daba, para él era uno entre decenas—. En cualquier interior puede haber dispositivos. En un bar, en un café, si se sabe cuál va a ser de antemano. Supongo que por eso has elegido este sitio tan céntrico y tan desconocido. Está cerca de donde vivo e ignoraba su existencia, nunca había venido. —Con la cabeza hice un gesto hacia la joven lectora—. El único peligro aquí es ella, pero está a distancia y además parece absorta en Chateaubriand, o eso creo. Si me ha dirigido una mirada es porque preferiría que no estuviéramos, para sentarse en nuestro banco. Aunque en el suyo dé el sol, lo cual no es poco en enero. Una caprichosa o una esclava de sus hábitos.

No estuve seguro de si había empleado la palabra ‘nosotros’ a propósito, para subrayarle que no consentiría engaños ni medias verdades, o si se me había escapado por la vieja fuerza de la costumbre. Es difícil no recuperarlas cuando se han observado durante toda una vida, en la cual yo me había sentido un ‘nosotros’ siempre, allí donde me encontrara y aunque estuviera solo. Ese ‘nosotros’ infunde valor, proporciona aguante, da compañía imaginaria y disuelve escrúpulos, o al menos reparte las responsabilidades. Tupra había estado incluido en el mío desde el primer hasta el último día. Lo cierto es que había soltado la palabra como si nunca me hubiera ido y no fuera un absoluto ‘ausentado’, como si no llevara dos años siendo un mísero ‘yo’ abatido y desconcertado, también nostálgico.

—¿Te las has ingeniado para saber lo que lee? ¿Sin prismáticos? Es una buena señal, de que no has perdido del todo tus facultades. Así me gusta.

—Sin halagos, Tupra. Eso está al alcance de cualquier transeúnte. ¿Quién es ella? Tú debes saberlo.

—¿Yo? No seas fantasioso, Tom, eso es propio de desentrenados, en cambio. —No había tardado nada en propinarme la de arena, yo me lo había buscado—. No tengo la menor idea. Una madrileña culta, las habrá como en todas partes.

Lo miré a él y miré hacia la mujer. A él de nuevo y de nuevo a ella, vistazos mínimos. Claro que se conocían. Es más, ella tenía un físico que a Tupra lo habría atraído. Bien es verdad que lo atraían muchos y diferentes físicos femeninos —no todos, también sabía ejercer el desdén, hacer hiriente caso omiso— ; sus ojos azules o grises nada ingleses, nada púdicos en su palidez, comunicaban su veredicto a unas y a otras sin atenuantes. Siempre me pareció más meridional que septentrional en conjunto, con su mirada abarcadora, sus labios gruesos y esponjosos, sus pestañas tupidas y sus cejas como tiznones, su cutis acervezado y lustroso y su pelo abultado, ensortijado en las sienes como el de un cantaor. Nunca me quiso explicar la procedencia de su extraño apellido, si es que era el verdadero.

—Dime qué quieres. Qué favor es ese. Quién es tu amigo español, ¿el padre de esa lectora? ¿Su marido, su jefe, su amante? Contigo no tengo nada que hablar, aparte de eso. Seguramente ni eso. En realidad no sé por qué he venido.

Me costaba tenerle antipatía, me esforzaba. Era imperdonable lo que me había hecho en mi juventud tan lejana, pero lo era sobre todo para el chico que fui, el estudiante, en cuya piel ya no podía meterme. Hacía demasiado que había dejado de ser el de entonces, y lo principal —lo irreversible— era que había pasado a ser otro, un convencido de mi tarea, un aplicado, alguien diestro, casi un fanático del ‘nosotros’. Un patriota inglés, me decía, pese a ser o haber sido más español que otra cosa. No estaba seguro de cómo ni cuándo ni por qué se había producido ese cambio, esa conversión, probablemente había sido el natural resultado de mis actividades, me había encontrado con ello sin premeditación. Uno empieza a servir a una causa a su pesar y al cabo del tiempo se siente valorado y útil y ya no se cuestiona jamás esa causa, la abraza sin más del mismo modo que saluda cada amanecer, porque

es lo que dota de sentido a su vida o a su cotidianidad. Todo el mundo tiene alguna lealtad depositada en algún lugar: hasta quienes por oficio o principio han renunciado a ella le reservan un hueco, normalmente tan secreto que ellos mismos pueden ignorarla y descubrirla de manera inesperada y tardía, sólo cuando se les revela. Puede ser lealtad a una sola persona, a una costumbre, a un espacio, a una ciudad; a una empresa o a una institución; a un cuerpo cuyo recuerdo se demora y no se va; al pasado, para salvar la continuidad, o al presente, para no caerse de él; a los compañeros de armas, a quienes confían en uno; a los superiores, a quienes se enorgullecen de uno aunque nunca lo digan ni lo vayan a decir. Berta había encarnado durante mucho tiempo ese retazo mío de lealtad, en lo afectivo, quizá también en lo sexual. Tupra lo había encarnado en lo profesional, él era la máxima representación de Inglaterra para mí, como para un marinero lo será el capitán de su barco. Ahora que volvía a tenerlo delante y a notar su emanación, comprobaba que era un hombre simpático excepto cuando se ponía cortante, o despectativo, o violento, o aleccionador. Pero hasta en esta última faceta suya era interesante escucharlo, no decía tonterías ni trivialidades, raro era oírle una *platitud*, que es lo que uno oye hoy en día sin cesar, y las lee, que es peor. Sabía ser cordial cuando deseaba serlo, a menudo reía con ganas, era innegable que su sola presencia animaba el espíritu, y el mío estaba decaído desde mi regreso a Madrid, tal vez desde mucho antes, desde mis años de hibernación en aquella ciudad inglesa donde había dejado una niña. Tupra transmitía la sensación de que la fiesta, la sal de la tierra, se encontraban donde se colocaba él, o de que lo crucial se hallaba donde señalaba él con el índice, donde enfocaba con el visor de su rifle y ponía el ojo y la atención.

Tiró y pisó el cigarrillo y encendió otro al instante, probablemente para engañar al frío, que se hacía notar. Seguía con sus Rameses II en cajetilla de cartón historiada con coloridos motivos egipcios, por lo visto se podían comprar aún en Londres, en Smith & Sons o en Davidoff acaso, o en James J Fox. Ni siquiera en esas tiendas postineras o excéntricas se encontraban ya los Marcovitch de cajetilla metálica que yo había fumado en aquella juventud de otro siglo y que contribuyeron indirectamente a mi

condena. Ya no se fabricaban, todo deja de fabricarse antes de que nos muramos, sin la menor consideración hacia nuestros hábitos, nuestros gustos y nuestras lealtades.

Con la brasa señaló hacia la mujer lectora, sin mirarla.

—Así que Chateaubriand, dices. *Memorias de ultratumba*, supongo —dijo el título en inglés—. No creo que nadie lea *Genio del Cristianismo*. —Y a continuación me contestó—: Has venido porque te aburres y no sabes qué hacer contigo mismo, algunos días. Has venido por curiosidad, por despecho y por presunción. Has venido para averiguar si todavía eres útil, porque necesarios no lo somos ninguno. Has venido porque, aunque creas que te da todo igual, resulta insoportable estar fuera una vez que se ha estado dentro. Tú no te fuiste del todo por tu voluntad. Nosotros te abrimos la puerta y te dejamos ir, en aquel momento no nos servías de mucho, ahora en cambio sí. Has venido porque te resulta intolerable permanecer en el exterior y no saber lo que se cuece ni pasa, después de haberlo sabido desde el interior. Aunque fuera sólo parcialmente, la parte que te tocaba saber cada vez. Y cuesta no intervenir, no tener efecto en el mundo. No parar más desgracias, o no intentarlo. Después de haber sucedido, cuesta mucho no suceder.

Este era uno de sus lemas o motivos de siempre, al menos conmigo, quizá con otros los tenía distintos. La primera vez que nos habíamos visto, en Oxford, me había explicado así la naturaleza de su quehacer: ‘Nosotros hacemos pero no hacemos, Nevinson, o no hacemos lo que hacemos, o lo que hacemos nadie lo hace. Simplemente sucede’. Aquello me había sonado a Beckett, en mi juventud.

—Tras haber sido Alguien —añadió—, se hace muy difícil volver a ser nadie. Aunque ese Alguien resultara invisible y casi nadie lo reconociera. Por eso has venido, Nevinson, por eso estás aquí y no en casa de tu mujer con tus hijos abriendo regalos. —Sí estaba enterado del día de Reyes. Ahora me llamó como antaño, por el apellido a secas. Eso o ‘Tom’ era lo habitual—. Para averiguar si puedes convertirte en Alguien otra vez. Pero ten en cuenta que, como de costumbre, sólo lo sabríamos tú y yo; y si acaso algún enlace, si nos fuera menester.

—¿Como aquel Molyneux con su estúpido bucle napoleónico? —le pregunté para no contestar inmediatamente a sus aseveraciones, las había empalmado con absoluta seguridad—. Vaya imbécil impertinente me enviaste. Lo tuve que poner firmes, al final.

Se rió. Se rio como quien admite una travesura cuyo recuerdo aún le hace gracia.

—Ah sí, el joven Molyneux. Pues va haciendo buena carrera, no te creas. Claro que en estos tiempos no se pide gran cosa a nadie. Nunca nos había ocurrido en la historia: hoy no es fácil ni reclutar, y muchos veteranos se dispersan o medio se van, compaginan su trabajo con servicios a un mejor postor, grandes empresas británicas, multinacionales con sede en el territorio y vaya usted a saber quiénes más. Piden permiso y se les otorga, porque lo peor es que la gente esté inactiva: mejor que ayuden a la expansión de nuestra economía, ese es el razonamiento patriótico-pragmático de los jefes. Si es en beneficio del Reino, no ven con muy malos ojos el espionaje industrial. El problema es que cada vez hay más agentes que obedecen a dos señores, y eso afecta siempre a la disciplina y por supuesto a la concentración. Pero me temo que es el signo de los tiempos y que la cosa irá a más. Yo mismo, de aquí a poco, deberé plantearme qué hacer, ofertas no me han faltado. Lo cierto es que hoy resulta imposible reclutar talentos como tú. La caída del Telón de Acero nos ha restado atractivo, quién lo iba a decir. —Había vuelto a halagarme, abiertamente esta vez. En seguida regresó a Molyneux—. Es verdad, te lo envié a aquella ciudad en la que te ocultaste un tiempo, ¿cuál era? ¿Ipswich, York, Lincoln, Bristol, Bath? No recuerdo. Era una ciudad con río, seguro. ¿El Avon, el Orwell, el Witham, el Ouse?

Tupra no podía evitar ser irritante, ni minarle a uno la moral a la vez que le elevaba el ánimo, ni menoscabar los sacrificios. Le gustaba alentar tanto como ofender, las dos eran formas de espolear. Él sabía perfectamente en qué ciudad, junto a qué río, había pasado enterrado largos años, no precisamente ‘un tiempo’, o, como dijo en la lengua que hablábamos, ‘*for a while*’. Para mí no había sido eso, para él acaso sí. Para mí había sido una languideciente eternidad, hasta había formado una pequeña y

pasajera familia para combatirla, la enfermera Meg y la niña Val, qué sería de ellas, confiaba en que estuvieran bien, incluso que hubieran hallado un marido y otro padre. Les mandaba dinero mensualmente desde Madrid, Meg no me acusaba recibo ni aún menos gracias, pero los cheques sí eran cobrados, talones en libras de una de mis cuentas inglesas, la que seguía a nombre de James Rowland, esa había sido mi identidad para ellas, en aquella ciudad. La dignidad y el despecho tienen sus límites, que pone la necesidad. Tupra jugaba con fuego si en verdad quería un favor de mí. Estuve tentado de levantarme y dejarlo plantado en su jardín, de irme a abrir algún regalo inútil a la calle de Pavía, a la que había sido mucho tiempo mi casa y ahora era la de mi mujer.

Estuve tentado, pero no. Me aguanté, aplaqué mi instantáneo mal humor, y al cabo de unos segundos hasta me divirtió la malicia de Tupra, su afán por meter el dedo en el ojo, sólo un poco, nunca muy hondo, lo justo para chinchar. Excepto cuando se ponía severo, pero entonces no hacía uso de un dedo sino de algún instrumento peor. Lamenté admitirlo: me conocía bien, o era que nos conocía a todos bien, a los pasados y a los venideros. Quizá no éramos singulares, una vez habíamos tomado nuestro camino de singularidad respecto a las abúlicas masas del mundo, las que no se enteraban de nada ni se querían enterar, las que sólo aspiraban a que todo funcionara y estuviera en su sitio, cada mañana y cada atardecer. Él había dado en el clavo, lo había expresado bien: ‘Resulta insopportable estar fuera una vez que se ha estado dentro’. En esa frase me reconocí. También en las demás, pero no me hacían falta. Por harto que hubiera acabado, por desengañado retrospectivamente, por resentido y aun asqueado, echaba de menos la excitación... no, eso es muy tonto: añoraba el *sentido* de la actividad, de las órdenes, de las misiones y operaciones, de la espera, de la defensa tuerta o ciega del Reino (porque siempre iba en efecto a tientas, sin ver nunca el dibujo completo, quizá ni Tupra lo veía, aunque sí más amplio). Lo que había constituido al principio una peste y una maldición que incluso me impedía dormir y me clavaba su rodilla en el pecho, con el transcurrir de los años y de los actos se había convertido no ya en mi sustento, sino en mi única manera de estar con equilibrio y razón en el mundo. Sin ella andaba alicaído y sonámbulo, perdido en los confusos recuerdos y comido por remordimientos precisos. Sólo conocía una forma de capear estos últimos, y era añadir más motivos de futuro remordimiento.

Tal vez sea eso mismo lo que lleva a algunos individuos a matar una y otra vez, porque sólo la ocupación en un nuevo crimen borra momentáneamente los anteriores, la plena dedicación, los cinco sentidos puestos en ello, los planes y la ejecución. Lo he pensado a menudo cuando he tratado de explicarme qué conduce a esas mujeres y hombres —muchos más hombres, desde luego— a la reincidencia innecesaria. Creo que la acumulación produce un

efecto anestesiano, o acaso es narcotizante: para quienes conservan un rastro de conciencia, es más llevadero cargar con un montón de muertos que con uno o dos tan sólo, porque llega un momento en que esa conciencia no sabe atender a las cantidades enormes, su capacidad no es ilimitada, y se dispersa y se abruma y se desentiende. Quien hace que la gente muera como ganado no tiene tiempo para distinguirla ni para bajar persianas una a una, y así esa gente se le difumina, adquiere visos de irrealidad, pasa a ser número y carne, y cuanto más alto el número y más pesada la carne, más se entumece y se ve desbordado el sentimiento de culpa, y acaba desapareciendo al no dar abasto. Agregar y agregar, seguramente es la sola salida que les queda a los asesinos de masas, sean dictadores, terroristas, ministros que declaran guerras superfluas o generales que los aconsejan y azuzan. Y por eso hay que eliminarlos, porque suman y suman y nunca paran. Sí, era muy arduo estar fuera y no contribuir a la restitución del acontecer sin desgracias... Sin desgracias para nosotros, se entiende; para los enemigos, qué importa: sus desgracias son nuestra fortuna, hasta que termina la contienda y se rinden.

—Sabes de sobra dónde me sepultaste, Tupra, dónde me sepulté cinco años, y conoces bien ese río. Déjate de estupideces y cuéntame, este frío va calando.

—Te sienta mal estar apartado, como a todos. Antes tenías más aguante. Mira esa mujer, cómo lee impertérrita. Os acomodáis todos en seguida a la vida sin sobresaltos. Os descompone el menor contratiempo.

En esa respuesta (en ese plural ofensivo, en ese ‘todos’) noté que lo había picado la palabra ‘estupideces’. Que me tomara la libertad de aplicársela. De algún modo tenía que devolvérmela, para re establecer un poco la jerarquía, abolida dos años antes.

—Mira, Nevinson, no voy a engañarte, tampoco a pedirte nada imposible, ni siquiera muy difícil. Los Servicios no son lo que eran. Puede que vuelvan a serlo un día, si alguien nos ataca en serio. Pero no hay demasiado que hacer, ahora mismo. La caída del Muro no sólo nos ha restado atractivo. También nos ha dejado desconcertados, sin sensación de amenaza y combate perpetuos, sin verdadero adversario. No diré en el vacío porque en nuestra profesión no hay vacío, para los que continuamos activos, me refiero. —De nuevo me lanzó ahí un mínimo dardo—. Queda el Ulster, claro, la pesadilla interminable, aburrida; pero eso va mejor, quizá esté en buen camino: Major ha hecho bastante bajo cuerda —John Major llevaba gobernando Gran Bretaña desde 1990, estaba en sus últimos meses de mandato—, y si el próximo *Premier* es Blair, casi seguro, es probable que se le ponga falso remedio de aquí a dos o tres años; y ese remedio durará unos cuantos más aunque sea falso, porque andamos todos agotados y aburridos, también ellos, los inagotables. —Repitió el mismo adjetivo, y es verdad que de todo se aburre el mundo—. Quedan otras cosas, siempre hay cosas y quien mal nos quiere. Y quedan los países amigos, como el tuyo, lo de ETA aún va para largo. —Ahora yo era español de pronto—. Pero por ahora hay que actuar con modestia. —Hizo una pausa, como si le apeteciera encender un tercer cigarrillo. Me miró las manos y se contuvo—. ¿Ya no fumas? —Quería que lo acompañara en su vicio.

—Sí, sí fumo. —Saqué mi pitillera—. Me daba pereza quitarme los guantes.

—¿No sabes fumar con guantes? Es muy fácil. Mira esa joven.

Miré con el rabillo del ojo a la lectora, que en efecto fumaba con un guante puesto, se estaba ganando la admiración de Tupra. Él había conservado los suyos en todo instante.

—Sí, claro que sé. —Saqué un cigarrillo con cierta torpeza y lo alumbré con cuidado. No había viento, por suerte. Solamente hacía frío.

—¿Qué fumas? No veo la marca.

—Son alemanes, muy flojos. Me he acostumbrado a ellos.

—¿Alemanes? —repitió con escándalo, como quien ha oído una herejía. No supe si por prevención hacia el tabaco de esa nacionalidad o hacia la nacionalidad entera. Él había estado más que yo en la Alemania Oriental, en épocas ásperas.

—Bueno, allí ya no hay Este ni Oeste, tú lo has dicho: os habéis quedado sin adversarios.

—Ya. Eso está por ver todavía, a saber cómo evoluciona la parte autómata, el autoritarismo es de lo que más se echa en falta —dijo con escepticismo, y a continuación retomó sin vacilación el hilo—. El castigo es algo modesto, Tom, pero no desdeñable. No sólo por ajustar cuentas o por hacer justicia, llámalo como quieras. También para meter miedo y disuadir a otros, nunca faltan los dispuestos a emular las peores acciones y a reactivar las peores ideas. —Se quitó un guante y se pasó los dedos por los labios, como si necesitara secárselos. Los tenía tan mullidos que siempre parecían húmedos. Antes de enfundarse de nuevo el guante aprovechó para encender su pitillo—. La vileza seduce mucho, y se transmite. La vileza de los padres resulta irresistible para los hijos, y si no, para los nietos. Es repugnante que se extermine a familias enteras en cualquier conflicto, pero ya lo ves en Yugoslavia, y el razonamiento se entiende desde un punto de vista histórico-paranoico, en las guerras es malo saber de historia, el que sabe está al tanto de lo que harán esos niños inofensivos cuando crezcan, probablemente.

Las guerras yugoslavas de aquellos años me ponían enfermo, casi era incapaz de ver la televisión y de leer la prensa. Confiaba en

que no me pidiera nada relacionado con ellas.

—Además, tú y yo sabemos que nada se va jamás del todo, y lo que parece haberse ido regresa antes o después, aunque a veces tarde treinta o cincuenta años. En todo caso regresa con el rencor acrecentado, engordado artificialmente, porque nada hay como la imaginación para alimentarlo. La evocación de lo que unos antepasados sufrieron, las más de las veces desconocidos, remotos. Convertidos sólo en víctimas cuando también fueron verdugos como casi todos, pero la imaginación no se fija en esto último, omite esa parte de la historia y se demora en la que le gusta. Así que hay que contar con eso, con que todo mal vuelve, y si nosotros no contamos con ello, ya me dirás tú quién va a hacerlo. La gente tiende a pensar que, una vez que algo concluye o se vence, se queda quieto en el pasado, y eso la tranquiliza. Los ejércitos están formados por gente. Nosotros sabemos, en cambio, que cuanto ha sido sigue siendo, y que sólo aguarda en letargo. Todo el mundo se cansa de luchar y se da por satisfecho en seguida; teme morir el último día de guerra, justo antes de la rendición o el armisticio, y se retira a su casa en cuanto no ve peligro inminente. Permite que el enemigo se recupere y refuerce, como pasó con Alemania tras la Primera Guerra Mundial, y mira lo que vino luego, sólo veinte años más tarde. Un país hundido, en la ruina, y se levantó como un monstruo.

—Ya. En español decimos ‘A enemigo que huye, puente de plata’. —Se lo traduje literalmente y le expliqué el significado—. Se considera un buen consejo, se tiene por una actitud sabia: se le facilita la huida, con alivio. No se le persigue ni humilla, no se lo machaca. Se renuncia a aniquilarlo.

Tupra acabó de desabotonarse el abrigo, continuó de abajo arriba. Quizá se estaba acalorando con la charla, aunque no solía ocurrirle. O le molestaba para revolverse en el banco, no era muy ancho. Se revolvió contra mí:

—Eso es un error imperdonable, por mucho que tengáis el dicho. Es el dicho de un país suicida, así os ha ido en la historia. Nadie os asegura que, una vez cruzado el puente, el enemigo no lo desmonte y no se lleve la plata consigo. Sin puente resultará inalcanzable aunque cambiéis de idea, y encima le habréis dado

medios para recomponerse. Con vuestra plata comprará mercenarios y volverá a la carga con más fuerza.

—No te lo tomes al pie de la letra, Bertie. —De pronto me salió llamarlo así, como lo había llamado durante años, mientras habíamos trabajado juntos y yo había ignorado su inicial engaño. Quizá porque su respuesta me pareció extranjera e ingenua. Él era un inglés cabal, yo no lo era—. Se trata de una metáfora.

Se echó a reír con condescendencia y me hizo sentir a mí ingenuo. Qué bien sabía volver las tornas en seguida.

—Claro, Tom. Te hablaba metafóricamente, ¿o qué creías? ¿Que se improvisa así como así un puente de plata? —Se rio otra vez con malicia—. ¿De dónde se saca la plata en medio de una batalla? ¿Y el tiempo para construir un puente? Por quién me tomas, no va a surgir por arte de magia. Tanto da. Nosotros pensamos de manera opuesta, pero no es un dicho, sino Shakespeare: ‘Hemos chamuscado a la serpiente, no la hemos matado’, le advierte Macbeth a su señora. Y añade: ‘Sanará y será la misma, mientras nuestra mediocre alevosía permanece expuesta al peligro de su antiguo colmillo’. Ojo, eso lo dice nada menos que tras haber matado al Rey Duncan, y aun así se da cuenta de que ni siquiera están seguros con su eliminación, de que ni siquiera el asesinato basta.

Nunca me acostumbré del todo a que tantos hombres y mujeres expeditivos, más o menos de acción, tantos agentes, fueran cultos, aunque yo mismo lo era. Pero muchos eran también maquinadores, y para eso es preciso conocer la historia y la literatura, conocer el máximo. No en vano nos impartían cursillos de lo más variados en nuestras estancias de adiestramiento. No en vano se nos reclutaba a menudo en las mejores Universidades (tal vez eso pertenecía a otros tiempos y los más dotados ya nunca picaban, enfrascado todo el mundo en ganar dinero en cantidades enormes, y éstas no se encuentran en el servicio a la patria, o no sin mezcla). Tanto Tupra como yo teníamos nuestro pasado oxoniense, al fin y al cabo, luego no sólo habíamos estudiado nuestras especialidades, habíamos aprendido de casi todo un poco, lo bastante al menos para exhibirlo. Y para utilizarlo si había suerte, si se terciaba.

—Ah —dije yo—. ¿La eliminación no basta? ¿Y entonces qué hace falta para estar a salvo?

—Eso te lo contesta Lady Macbeth en el mismo pasaje, debería darte vergüenza no tenerlo por la mano, Nevinson. —Ahora sonó como un maestro que riñe—. ‘Todo se ha gastado, nada se ha obtenido. Es más seguro ser lo que destruimos que morar, por la destrucción, en una alegría dubitativa.’

—No acabo de entenderlo, Tupra. —Volvíamos a ser Tupra y Nevinson—. Será por este frío.

—Pues Macbeth abunda en ello, acuérdate. —No me acordaba, pensé que Berta sí se acordaría, se sabía sus clásicos ingleses al dedillo, se los enseñaba a sus estudiantes universitarios—. ‘Mejor estar con los muertos que yacer en un éxtasis inquieto con la mente torturada.’ E incluso llega a envidiar al Rey Duncan, al que ha mandado al otro barrio con cobardía, apuñalándolo mientras dormía indefenso: ‘Duncan está en su tumba; duerme bien, tras la fiebre intermitente de la vida; la traición ya le ha traído lo peor posible: ni el acero, ni el veneno, ni la amenaza extranjera, ni el levantamiento interno, nada puede hacerle ya mayor daño’.

Tupra se quedó callado unos segundos y yo también, pensativo, recordando. No fue necesario que yo lo expresara, porque él se encargó de poner palabras a mi pensamiento y a mis recuerdos.

—Tú sabes de eso y sabes que es cierto. Sabes que lo único seguro es estar muerto. Por eso lo estuviste durante tanto tiempo, para que nadie te buscara con veneno ni acero, ni te hiciera ulterior daño.

Eso fue lo que vino a decir, ‘ulterior’, si hubiera hablado en español, porque esta vez (lo comprobé en casa más tarde) recurrió a ese vocablo preciso de Shakespeare, en las citas fue asombrosamente fiel con alguna omisión o libertad que otra, su memoria excelente en todo caso: ‘*So that no one could touch you further*’. Sólo había jugado conmigo, claro que estaba al tanto de dónde y por qué me había ocultado, de las razones por las que se me había declarado primero desaparecido y después muerto, y así se lo había comunicado él a Berta, le había dado la noticia en persona en otro viaje a Madrid, se le había presentado como Reresby, los dos se habían conocido, aún no me había preguntado por ella. En realidad no me había preguntado nada, le traía sin cuidado qué se hubiera hecho de mí, cómo estaba. O bien es que creía saberlo, si todos éramos iguales.

¿A qué venía ahora devolverme a aquella época oscura y languideciente, al periodo en que no había existido o sólo para unos provinciales, bajo el nombre de James Rowland; en el que había estado apartado de todo y a la espera interminable de un rescate, improvisando un transitar o un flotar deliberadamente anodinos y opacos, mejor cuanto más indetectables, cada día inadvertido más borroso yo y más disgregado, y por lo tanto más a salvo? No es que me hubiera olvidado de esa época en la que me tocó ser falso cadáver y renunciar a la fiebre intermitente, como dice el incontentable Macbeth: eso no puede olvidarse; pero hacía ya dos años que había regresado a la vida, creíamos que no me buscaría nadie y que estaba fuera de peligro o casi. Podía quedar algún rezagado, algún receloso obstinado en Inglaterra o en Irlanda del Norte (más me valía no pisar nunca más este último territorio, por si acaso, ni tampoco la Argentina, puestos a exagerar la prudencia), pero no en España. Y era improbable que se desplazara aquí nadie para seguirme las huellas y saldar cuentas vetustas.

En contra de lo que muestran demasiadas novelas y películas, ni siquiera los traicionados son capaces de mantener una tensión permanente, la tensión a que someten el odio y el afán de venganza que no se cumple. Hasta el más empeñado en recordar acaba

medio olvidando, porque lo contrario equivale a abrasarse durante años a diario, y ni el más feroz soporta eso. De modo que si a un damnificado le llega la noticia de que su particular traidor ha muerto, desconfía durante un tiempo y trata de cerciorarse, pero en realidad tiende a creer tal noticia para por fin pasar a otro asunto y dormitar de vez en cuando. La gente se hace mayor y se fatiga, y en el fondo agradece no tener que aplacar sus fuegos internos, no ocuparse de lo que la quema. Si se logra convencer de que el enemigo está bajo tierra, a la postre no le importa gran cosa no haber tenido arte ni parte, no haber cavado su tumba. Y es más, cuanta menos parte haya tenido, más rápido se le diluirán los viejos agravios y más podrá mirar atrás con ojo tuerto o entrecerrado. ‘Ese ya no hará más cerdadas —piensa la gente ingenuamente, y se queda quieta y conforme—. Ni a mí ni a nadie. Ese ya no recorre el mundo, con su mala sangre. Ese ya no ve ni oye, ni respira ni tiene ideas ni habla. Ya no lleva veneno ni acero.’

—Salmamos de aquí, te veo aterido. Qué flojo te has hecho, Nevinson, os oxidáis en seguida. Vamos a una de esas tabernas —llamó ‘taverns’ a los bares de la Plaza de la Paja—, al fin y al cabo será casi imposible que nos entienda alguien. Aun así, mantén la voz queda, aunque nos cueste un poco oírnos. Todo el mundo grita mucho en este país tuyo. ¿A qué se debe?

No le contesté porque no esperaba respuesta, sólo quería criticar mi lado español, levemente. Se levantó con decisión, no se abotonó el abrigo, así me daba a entender que a él no le afectaba la temperatura. Antes de salir del jardín le hizo un ademán de respeto o de adiós a la lectora, simulando quitarse un sombrero inexistente, o al menos tocarse el ala. Ella se percató y le correspondió con una ligerísima inclinación de cabeza, siempre con su gorro puesto, no le habíamos visto el cabello. Ahora no me pareció que se conocieran, sino que ella era una mujer educada. En cuanto a él, yo lo había visto tirar muchos tejos con éxito, lo había hecho hasta en nuestro primer encuentro en la librería Blackwell’s de Oxford, haría unos veinticinco años, con una profesora exuberante de Somerville College (voluptuosa para lo que solían ser las de su gremio, e incluso fuera del gremio). Sin embargo no se acercó a la joven, y no la habría dejado escapar en otro tiempo: habría entablado conversación con cualquier pretexto (Chateaubriand mediante en este caso) y quizás le habría arrancado una cita para la tarde o la noche. También yo había aprendido de él en ese campo, uno observa y luego imita, con mayor o menor fortuna; y hacerme grato a algunas mujeres había formado parte de mi trabajo, indispensable en un par de ocasiones. Aunque Tupra apenas había cambiado de aspecto y seguiría resultando atractivo, hasta irresistible a veces (en realidad eso no dependía de su físico, con un rasgo o dos repelentes, a mi juicio), quizás la conciencia de su edad lo había tornado cauto o le había apaciguado los ímpetus. O quién sabía, a lo mejor estaba emparejado en serio o se había casado, nunca le había oído una palabra sobre su vida personal o sentimental o familiar, como si careciera de ellas, ni sobre sus orígenes (reticentes alusiones a la capa baja de la sociedad de la que provenía, eso a lo

sumo, y debía de ser baja de veras). O acaso sí había convocado allí a la lectora y ya tenía muy concretada su cita.

—¿Te has casado, Bertie, desde la última vez que nos vimos? —le pregunté a bocajarro mientras aún caminábamos lentamente hacia la salida.

Se paró y me miró con sorpresa.

—¿Por qué lo dices? No sé cómo podrías notar eso, cómo ha podido ocurrírsete.

—Ah, he acertado entonces —respondí sin darle oportunidad de negarlo, aunque siempre se esté a tiempo de negar cualquier cosa, incluso lo evidente—. ¿Y cómo se llama la agraciada? Aparte de Mrs Tupra, claro —añadí con media sonrisa—. Y Mrs Reresby y Mrs Nutcombe. ¿O ella ignora que le corresponden también esos nombres de vez en cuando? Supongo que sí, no sería la única. Ya sabes cuánto ha ignorado Berta, mi mujer, y cuánto ignora. No le he dicho que hoy te veía. Ya veré si se lo digo luego. Enhorabuena, Bertie. Habrá que tomar un vino a la salud de Mrs Dundas, y a la tuya.

No hizo caso de mis bromas, lo vi desasosegado. Sin duda lo que lo preocupaba era haber dejado traslucir su nuevo estado, ignoraba de qué modo: eso sí que es imposible notarlo, como tampoco suele percibirse (a menos que sea alguien bisoño) quién viene de echar un polvo justo antes de encontrarse con nosotros. Es fácil ocultar casi todo. La gente cree que no, pero en realidad carece de mérito, por naturaleza somos impenetrables y opacos y la mentira es invisible.

—Vaya, muy agudo, no en todo estás oxidado, me alegro. Eso nos conviene —contestó—. Pero no sé. —Se lo veía desconcertado, para él sería imperdonable que yo le hubiera adivinado algo en principio indetectable; había sido una intuición, y suerte—. Ni siquiera llevo alianza. —Y se miró con perplejidad el dorso de las manos abiertas (como quien contempla la obra de una manicura), por lo demás enguantadas—. Tú sabrás, quizá alguien te haya ido con el cuento, pero muy pocos están enterados. Me imagino que no vas a decírmelo. Se llama Beryl.

Me resultó curioso que no lo negara, podía haberlo negado. No quise mostrar expresión de triunfo y fingí no haber oído su elogio. Él

elogiaba muy poco. Claro que aquel día iba a proponerme algo.

—¿Y eso?

—¿Y eso qué? ¿Que se llame Beryl? —Su tono fue suspicaz, defensivo, como si temiera que objetara a ese nombre o hiciera burla de él.

—No. Casarte a estas alturas.

No tenía muchos más años que yo, rozaría la cincuentena, su edad precisa siempre fue conjetura. Tarde para un primer matrimonio (bueno, que yo supiera), pero hay bastantes varones que se enlazan así en esa década —con ceremonia y documentos y todo—, cuando la soledad y la independencia empiezan a verse como impotencia y resignación y flaqueza y no como ventaja y activo. Sí, es la conciencia de la edad lo que nos condiciona, más que la edad misma. Quizá ahora podía permitirse ese vínculo sin quebranto ni servidumbre excesivos, el que me había atado a mí desde muy pronto: me lo figuraba cada vez más volcado en el trabajo de despacho, en la creación de aquel grupo en el que yo no tenía cabida.

Se quedó callado unos segundos. Me tocó levemente el codo, como si me instara a ponernos en marcha; pero no fue así todavía, permaneció parado junto a la verja del jardín, se estaba pensando una respuesta. Interpreté aquel toque como una aproximación mental más que física, como si quisiera asegurarse, mediante ese mínimo contacto, de que yo iba a entenderlo.

—Bueno, uno se enamora, ¿no? —No alcancé a saber si lo decía de guasa o en serio, en primera instancia—. Uno es consciente de que eso va a durar unos años, unos cuantos, y luego no, probablemente. Pero mientras dura algo hay que hacer, para no pasarlo con una tristeza añadida.

Me extrañó la expresión. Nunca lo había oído hablar de tristezas, aunque a él le habrían tocado algunas, como a mí, como a Mulryan y a Louise Marsden, como a De Mauny y a Blakeston con su disfraz absurdo de General Montgomery, había coincidido con ellos: como a cuantos deteníamos desgracias. Las tristezas se daban por descontadas y por tanto no se mencionaban, cada uno guardaba las suyas y no se las arrojaba a los otros. No, nunca lo

había oído referirse a las tristezas estables o fijas, deduje, si la del enamoramiento iba a ser 'añadida'.

—¿Una tristeza añadida? —repetí la expresión.

—Sí. Quiero decir gratuita, de las que pueden remediararse, o sortearse, o mitigarse. Hay otras que son obligadas, tú lo sabes. Has pasado por ellas, habrá días en que te serán una carga. Y quizás no te hayan terminado, si me haces el gran favor que te pido. Si para ahorrarse una hay que casarse, se casa uno y asunto resuelto, al menos temporalmente, mientras persiste ese enamoramiento, nadie está del todo inmune. Luego ya se verá qué pasa. En fin, así atraviesa uno sin añoranza esos años, sin una pena añadida, como te he dicho. También sin una distracción añadida, que nos dificultaría concentrarnos. Pensar en una persona ausente o perdida o dejada pasar de largo consume demasiado tiempo. En una que se dejó marchar y uno quiso a su lado. Ese desgaste superfluo... Sí, más nos vale evitarlo.

—¿Así que estás enamorado de Mrs Ure? —Esta vez llamé a aquella Beryl por otro de los apellidos falsos habituales de Tupra. No acababa de creerme que no estuviera hablando en broma. Su tono, sin embargo, no era en absoluto de chanza. Tampoco solemne, eso tampoco. Era natural, casi descriptivo.

—No sé por qué te sorprende. Tú llevas decenios enamorado de tu Berta. Lo vale, no lo pongo en duda. ¿O ya no lo estás, se ha terminado? ¿Un desencanto? Ocurre con el regreso a menudo, la realidad no está a la altura de la imaginación casi nunca, ni el presente a la del futuro. Pero tanto da: lo estuviste, y te saliste de la norma en cuanto a la duración, eso seguro. ¿Qué sucede, que yo lo tengo prohibido? Si lo ves incompatible con mis hábitos o con mi carácter, no seas simple: se puede estar enamorado y mantenerse en la promiscuidad, aunque reconozco que la tentación disminuye, el foco de atención es muy fuerte. Quiero decir el de una esposa. Por lo demás, no te confundas. Eso no significa que me haya domesticado ni ablandado. No en el trabajo. Si accedes a mi proposición, esperaré que cumplas hasta el final como siempre. Como en los viejos tiempos.

Ahora fui yo quien se quedó pensativo, pero no por lo último que había dicho, eso se concretaría antes o después, ya tardaba,

podía aplazar mi curiosidad. En seguida me di cuenta de que era un pensar infructuoso. No sabía si seguía enamorado de Berta, si lo estaba, ni me lo planteaba. No era una cuestión que me interesara, aún menos que me preocupara. La fiebre intermitente de la vida se demoraba en aparecer, cuando le tocaba. Nuestro tiempo era como había sido, nuestra situación era aceptable, incluso satisfactoria para quien no espera nada o tan sólo espera, las dos cosas vienen a ser lo mismo, era mi caso, probablemente no el de ella. Pero de momento no se alejaba del todo ni me daba carpetazo definitivo, y yo no preveía hacerlo tampoco con ella. Si un día se dejaba absorber por otro hombre o lo señalaba con determinación y agrado, y me expulsaba entonces y desaparecía, tal vez se me haría insopportable su falta, pero eso también ocurre por el mero acostumbramiento, toleramos mal los cambios impuestos. La propia palabra ‘enamoramiento’ me resultaba difusa, juvenil —creo ya haberlo dicho—, hasta cierto punto artificiosa y cada vez más incomprendible, no era un concepto al que uno atendiera *‘nel mezzo del cammin’*, y yo lo había sobrepasado con creces, mi edad era más larga de la que tenía. A no ser que fuera algo novedoso y experimentado por vez primera, así debía de ser para Tupra, pensé, o no habría recurrido a esos términos con espontaneidad y convencimiento, sin comillas ni titubeo.

—Estoy seguro de que no te has domesticado, Tupra. —Ahora volví al apellido, los dos hacíamos lo mismo, alternábamos según el grado de cercanía o distanciamiento que quisiéramos bordear con cada frase—. A ti no habrá quien te amanse, lo sé desde que nos conocimos, más o menos. Tampoco quien te haga clemente.

A eso no dijo nada. Se limitó a tocarme el codo de nuevo, con una mínima presión para indicarme que saliéramos del jardín finalmente. Pero nada más hacerlo vio a la derecha, en la Costanilla de San Andrés, una placa amarilla en el muro, y se acercó a leer lo que ponía con curiosidad de turista ocioso. Estaba dispuesto a entretenérse, a tomarse nuestro encuentro con calma, o quería seguir sometiéndome al frío como si eso fuera una prueba o formara parte de un doblegamiento, me hice a la idea de que no veríamos un interior aquella mañana. Era una de esas placas romboidales colocadas por el Ayuntamiento. La miró con atención.

—¿Qué dice ahí de Tamerlán el Grande? —me preguntó, y me invitó a traducírsela. Así lo llamó, ‘*Tamburlaine the Great*’, como el título de la obra de Marlowe, el pobre coetáneo de Shakespeare que duró veintitrés años menos que él, para su desgracia presente y póstuma.

Le traduje lo que decía: ‘En este lugar estuvieron las casas del madrileño Ruy González de Clavijo, embajador de Enrique III ante el Gran Tamorlán de 1403 a 1406’. Así rezaba, ‘Tamorlán’ y no Tamerlán, sería una forma anticuada.

Lo mismo que a mí, Marlowe le había acudido a la cabeza y le dio por ponerse pedante, cuando se le ofrecía oportunidad no le hacía ascos a eso, sin duda un vestigio oxoniense, o del magisterio de Wheeler.

—Así que en el siglo XV teníais trato con Transoxiana.

No tenía ni idea de qué sitio era ese, supuse que el Reino de Tamerlán, técnicamente. Para mí había sido siempre mongol, o tártaro. Con aquella segunda persona del plural volvía a considerarme español a todos los efectos, era inglés cuando le convenía.

—Quizá eso explica lo de Marlowe, ¿sabes que se inspiró en una obra española, *Vida de Timur*, de un tal Mexía? Se había traducido al inglés, extrañamente. —Le salió el desdén sin darse cuenta, con aquel ‘extrañamente’—. El verdadero nombre era ese, por cierto, Timur Lenk o Timur el Cojo. —‘Timur the Lame’, dijo en su lengua, también significa ‘lisiado’. Y añadió señalando la placa—:

Qué raro esto: Tamerlán murió en 1405 cuando se disponía a invadir la China. No sé cómo ese embajador con casa aquí se mantuvo más allá de su muerte y no salió corriendo de Samarkanda. Bueno, le llevaría un tiempo embalar y organizar el viaje de vuelta. Imagínate lo que sería recorrer esa distancia. Samarkanda es Uzbekistán hoy en día, probablemente no sabrías ni situar ese país en el mapa. —Era obvio que recordaba su Historia Medieval, pocos habrían precisado sin consultar, al instante, el año del perecimiento del Gran Cojo—. ¿Y qué Rey es ese vuestro? —me preguntó sin transición—. ¿Hizo algo importante? No sé, quiere sonarme, pero hay tantos Enriques monarcas: los nuestros, los de Alemania, unos cuantos de Francia... Qué ganas de confundir con la repetición de los nombres en todas partes.

No quería quedar muy mal ante su despliegue de saberes remotos y jactanciosos, la gente no se hace idea de lo cultos que son con frecuencia los agentes de inteligencia o secretos —los espías, como cada vez se los llama menos, noble palabra abaratada—. Pero sólo recordaba dos detalles de Enrique III:

—Murió joven, y se lo conoce como Enrique el Doliente.

—Embajador del Doliente ante el Lisiado, ese pobre Ruy Clavijo —murmuró divertido, pronunciando fatal ‘Clavijo’—. El mundo siempre en manos de individuos defectuosos y atormentados, qué fascinación de las masas por cuanto sea anomalía, mental o física. Deformidad y resentimiento y crueldad y locura, todo eso suele cautivar y ser aclamado durante un tiempo, hasta que los aclamadores recapacitan, se arrepienten en privado y en público niegan haber aclamado. Me imagino que a muchas personas las reconforta esta idea: si ese imbécil puede gobernar, yo también podría; mezclada con esta otra: un monstruo se ha adueñado de nosotros, luego qué culpa tenemos de lo que pase. Así nos va y así nos ha ido, con escasas excepciones. O no tan pocas ya, seamos justos. ¿Y qué más, si es que le dio tiempo a hacer algo? ¿A qué edad murió, cómo de joven?

A Tupra siempre lo respeté hasta que dejé de hacerlo, pero el respeto nunca desaparece del todo cuando se ha empezado por él y ha sido largo; incluso convive con el posterior desprecio en un raro e irresoluble equilibrio. No es que su opinión me preocupara lo más

mínimo entonces, pero me daba rabia aparecer como un ignorante frente a sus alardes de erudición. Claro que yo no había cursado Historia Medieval, lo mío eran las lenguas y las dicciones y los acentos. Aun así, y como ocurre en casos de vergüenza inminente, una lectura antediluviana acudió a mi memoria en mi auxilio, la mente asocia velozmente y recupera lo olvidado. O, mejor dicho, acudió una sola frase que se me había quedado grabada en su día por hacerme mucha gracia, viniendo del siglo xv. En Oxford, justamente por insistencia de Wheeler, autor de un libro sobre Enrique el Navegante y devoto de su figura, había leído las *Generaciones y semblanzas* de Fernán Pérez de Guzmán, casi estricto coetáneo del célebre Príncipe y descubridor portugués: una breve obra con rápidos y someros retratos de notables que él había conocido, reyes, nobles, prelados y algún literato. Sin duda contendría uno de Enrique III, pero de él no recordaba un solo dato, ni una palabra. Sí en cambio del de su mujer, por la frase inolvidable.

—No llegó a cumplir los treinta. —Me arriesgué a aventurar eso, más que nada por salvar la cara y soltar algo, como hacían los estudiantes acorralados en los exámenes orales—. Estuvo casado con Catalina de Lancaster.

—Ah, eso me suena. ¿Y qué tal Reina fue? —Tupra desvió de inmediato su atención hacia ella, al cruzársele un linaje de su país; pese a su apellido nada inglés, en verdad era un patriota, cuando nada se lo impedía.

—Bueno, fue designada Regente, así que tuvo mando en Castilla —disimulé mi desconocimiento sobre sus funciones—. Pero un cronista de la época la describió como alta de cuerpo y muy gruesa, a la vez blanca y colorada y rubia. Y añadió una observación que no la favorecía, disuasoria para un marido, yo creo. Tal vez por eso Enrique acabó siendo el Doliente.

Mi comentario picó su curiosidad:

—¿Ah sí? ¿Qué dijo? ¿No dejaría mal a las inglesas en general, espero? Sería atrevido ese cronista en todo caso, para no favorecer a una Reina.

—La describió después de muerta, a buen seguro —contesté—, cuando ya no sería alta ni gruesa ni blanca ni colorada. Su

semblanza de Catalina la remató con esta pincelada drástica, más bien un brochazo: ‘En el talle y meneo del cuerpo tanto parecía hombre como mujer’. No muy prometedor, ¿verdad? Ni siquiera en aquellos tiempos, no tendrían gustos tan distintos. —Se lo traduje con la mayor gracia que pude.

Tupra soltó una carcajada, se rio con ganas, como hacía con frecuencia cuando estaba de buen humor y se sentía mundano; también cuando le salían los planes. Ya he dicho que era un hombre simpático, o que sabía serlo, no está reñido con ser despiadado. Sin querer me uní a su risa, reímos los dos juntos aquella mañana de Reyes frente a la Plaza de la Paja, rodeados de familias alegres con niños y juguetes nuevos. Como si nada se hubiera enturbiado entre nosotros, como si yo no hubiera descubierto su originaria trampa y él no me hubiera hundido la vida en el pasado lejano. Como si no me la hubiera forjado a mis espaldas, sin mi conocimiento ni consentimiento.

—Me extraña que Enrique no se largara con Clavijo hasta Samarkanda —fue su respuesta cuando le amainó un poco la risa—. Yo lo habría hecho: ¡lejos de mí ese meneo, ese talle! ‘Tanto parecía hombre como mujer’ —repitió saboreando la frase—, qué desgracia. Si hubiera dicho ‘más parecía hombre’, habría sido más llevadero. Pero a la vez las dos cosas... Tenía agudeza ese cronista, y sobriedad, y mala idea, ¿cómo se llama? A lo mejor se lo tradujo al inglés, visto lo visto, y siempre me divierte volver a textos medievales. Claro que para eso nunca tengo tiempo. —Cuando por fin cesó de reír se quedó un poco pensativo, todavía con una sonrisa en los labios carnosos, mirando hacia las familias sentadas en las terrazas o que deambulaban. Entonces añadió—: Confío en que no te pase eso con ninguna de las mujeres que vas a tratar, si me haces el favor que te propongo. Yo no las conozco.

Ya no pedía el favor, lo proponía. Ese fue el primer aviso de lo que me tocaba.

—¿Qué mujeres? —dije.

Creí que me habían transportado en el tiempo, al *pub* oxoniense The Eagle & Child, en St Giles', sobre una de cuyas mesas Tupra y su subordinado Blakeston, disfrazado de Vizconde Montgomery con su preceptiva boina ornamental, su bigote y su trenca, habían desplegado ocho retratos de hombres por ver si reconocía a alguno, al posible asesino de mi amante ocasional Janet Jefferys, y así me salvaba de ser acusado. Ahí había empezado más o menos la que había de ser mi vida, hacía un cuarto de siglo, tenía casi veintiún años. Como me temía, Tupra había insistido en que nos sentáramos en una terraza, al fin y al cabo estaban concurridas.

—Hace un poco de frío, pero mira este glorioso sol de York.

'This glorious sun of York', eso dijo, y en seguida capté que estaba alterando las palabras iniciales de *Ricardo III*, ya le pegaba recurrir a esa obra aunque fuera para juegos verbales.

—Déjame que lo aproveche, en Londres carezco de oportunidades.

Y, una vez que una camarera nos hubo servido dos cervezas y unas aceitunas de tapa:

—¿Cómo? ¿Esto lo regalan? Qué generosidad, es insólito —se sorprendió cuando le aseguré que yo no las había pedido y le expliqué la costumbre.

Sacó un sobre del bolsillo interior del abrigo y extrajo de él tres fotografías de mujeres y me las expuso.

—Ten cuidado no las manches ni las mojes. Te harán falta si te encargas. Aunque bueno, hay copias.

—¿Otra vez esto? —le dije irritado—. Me lo hiciste la primera vez que nos vimos, y fue para tenderme una trampa cuyas consecuencias todavía arrastro. Me durarán hasta que me muera. No sé cómo te atreves.

—¿Te hice qué? No recuerdo.

Seguramente era así, no se acordaba, para él no había tenido ninguna importancia, una práctica frecuente suya arruinarles la vida a las personas cuando hacía falta. Uno olvida el daño que causa infinitamente más que el que se le inflige, uno olvida cuanto dice y

hace y escribe, rara vez lo que oye y lee y padece. Se lo recordé, le recordé incluso el nombre de quien había identificado, Hugh Saumarez-Hill, el amante fijo de Janet, Miembro del Parlamento por aquel entonces, cuando no había nadie a quien identificar y ni siquiera había habido asesinato. Yo había tardado demasiado en descubrirlo, cuando ya era imposible cambiar lo vivido. No pueden modificar su juventud el hombre ni la mujer maduros.

—Hugh Saumarez-Hill, ¿no te suena?

—Ah sí, bueno, vagamente. No hizo carrera. Pero esto no tiene nada que ver con aquello, Tom. Aquí no hay ninguna trampa. No se trata de reconocer a nadie, sino de conocerlas a ellas. Míralas, mira las fotos.

No quise, no daba crédito a la repetición de aquella escena, Tupra colocando ante mí unos rostros con la misma flema de entonces, como quien reparte los naipes en un póker descubierto.

—No tengo nada que mirar, Tupra.

Me negaba a mirar hacia la mesa, a bajar la vista, una rebelión pueril, me daba cuenta. Lo miraba a él a los ojos grises con su halo de pestañas excesivas; al sol invernal de Madrid le brillaban con más vivacidad que en Inglaterra y también se le veían más pálidos, como si tuvieran una consistencia de hielo marítimo. Siempre daban confianza y a la vez escalofríos, se sentía uno enaltecido por ellos, apreciado, indispensable; y al borde de algo cruel o algo sucio que combatiría algo aún más cruel o más sucio. No salíamos nunca sin mancha de nuestros quehaceres.

—Ya te digo que no a ese favor, sea cual sea, ahórrate explicármelo. Empezar así no me interesa, es demasiado. No estoy dispuesto a revivir mi triste historia. Me la convertiste en una tristeza obligada, de las que no pueden remediararse, son tus palabras. Y encima una tristeza secreta, para agravarla. A nadie me está permitido contársela, ni siquiera a Berta. Dudo que se pregunte ya por ella, eso aparte, que le provoque curiosidad a estas alturas. En todo caso estoy condenado a callármela. Recoge esos retratos y guárdatelos. Quítalos de mi vista, son recochineo.

Pero Tupra no los recogió. Tamborileó distraídamente sobre las fotos expuestas, tentándome con ese movimiento. Distraída pero deliberadamente.

—Conmigo puedes hablarla, yo estoy enterado —respondió no sé si con desfachatez o con una ingenuidad que le era impropia. Pero también era impropio de él haberse enamorado, y confesarlo, y haber contraído matrimonio a los cincuenta años o casi. Qué tecla habría tocado aquella Beryl para hacerlo cambiar tanto. Aunque a mí no me parecía cambiado en absoluto. Probablemente era de esas personas que ya están hechas a los diez años, su pintura terminada, su carácter cristalizado, luego se añaden tan sólo experiencia, y a veces envilecimiento—. Conmigo puedes desahogarte si quieres. Quizá sea el único en el mundo con el que puedes hacerlo, para quien tu historia no es secreta.

—También para ti hay zonas secretas, Tupra. No seas tan presuntuoso —me apresuré a puntualizarle—. Estuve mucho tiempo solo, a mi aire, sin oír tu voz ni recibir instrucciones. Tomando mis decisiones y haciendo lo que me dio la gana.

De este comentario hizo caso omiso y continuó con lo anterior:

—Ya ves si estamos unidos, en algún sentido. Haberse conocido en la juventud une mucho. Conocer lo que el otro ha hecho en el pasado, y de dónde viene.

—Sí —contesté con sorna—, como dos individuos que cometen juntos un crimen, algo así. El uno sabe de lo que es capaz el otro y los dos se han perdido el respeto por ello, todo respeto. Se han visto sin máscara ni maquillaje. Es una forma de unión desagradable que no invita a rememorar ni a desahogarse. El otro es más bien el espejo en el que uno rehúye mirarse. Y si por casualidad se ve en él, se aparta de un brinco y con asco. Y yo no sé de dónde vienes. Solamente lo intuyo.

Tupra se rió, no con la risa festiva que le había causado unos minutos antes el meneo medieval de Catalina de Lancaster, según Pérez de Guzmán, quien la había visto. Se rio con leve superioridad, o acaso era con la certeza de quién era yo y de cómo era, de cómo acababa cumpliendo.

—Escucha al menos. Una de estas tres mujeres tuvo parte en dos atentados muy sangrientos, en tu país, aquí en España. Puede que en alguno más, en esos dos seguro. Una parte considerable, suponemos que desde la distancia.

Oh sí, sabía cómo despertar mi curiosidad, pero todavía me resistí, seguí mirándolo a los ojos.

—¿Y desde cuándo nos ocupamos nosotros de lo que sucede en España?

Me salía el plural involuntario que me incluía, como si aún estuviera en el MI6 o el MI5, hay agentes que pasan de uno a otro y regresan, y quizá era verdad que de ahí no se retira uno ni cuando ha sido expulsado. Mi caso no había llegado a tanto.

—Te lo dije por teléfono. Es un favor a mí y también a un amigo español, alguien importante o que acabará siéndolo.

—¿Qué amigo? No creo que tú tengas muchos.

—Tom, qué es eso de pedir nombres y datos —me contestó con reproche. Ahora yo era Tom y él era Tupra, no cabía otra posibilidad, mientras él trataba de persuadirme y yo de esquivarlo—. Si prefieres que sea un colega... Por comodidad vamos a llamarlo Jorge. O mejor George, si no te importa: no puedo pronunciar ese nombre en tu lengua, se ahoga uno con ese sonido por duplicado.

Después de lo que había soltado, las caras me llamaban más, desde la mesa, me sentía impelido a echarles un vistazo rápido. Pero me aguanté y seguí sin bajar la mirada, sólo había constatado que eran mujeres cuando él las había desplegado sin yo esperármelo, uno distingue a las del otro sexo a la velocidad del rayo, como si tuviera antenas. La camarera se acercó a preguntar si estábamos bien servidos, y no pudo evitar fijarse en las fotos mientras anotaba. Así que, antes que yo, las había observado una desconocida, los ojos siempre se van hacia un retrato, hacia un rostro inmóvil, reproducido, mi obstinación tenía mérito.

—Denos cinco o diez minutos más y tráiganos otras dos cervezas, por favor. Con unas bravas, si es tan amable.

No sabía si le gustarían a Tupra, me traía sin cuidado, a mí me apetecían, no le consulté qué quería. Él no sentía el frío y yo continuaba helado, aunque al sol no se estaba mal, eso era cierto. La terraza se iba llenando de gente bien abrigada pero osada, justo al lado de nosotros tomó asiento un grupo nutrido, nueve o diez personas, mujeres y hombres que hablaban fuerte, y uno de los hombres demasiado, lo percibí en el acto.

—Los dos atentados tuvieron lugar hace ya tiempo, en 1987: uno en junio de ese año, el otro en diciembre. Bombas en ambos casos, coches-bomba. En el primero hubo veintiún muertos y cuarenta y cinco heridos, algunos de los cuales sufrieron mutilaciones y heridas que no se curan, tendrán secuelas de por vida. Nadie habla mucho de los supervivientes, a ellos sí que se los olvida. Cinco de los muertos eran menores de edad, el más pequeño nueve años, si no me confundo. En el segundo atentado los muertos fueron once y los heridos ochenta y ocho. Otros cinco menores entre los muertos, todas niñas, las más pequeñas de tres años.

Me estaba hablando de matanzas de ETA. Yo, como casi cualquiera, recordaba tres muy bestiales: la del centro comercial Hipercor en Barcelona; la de una casa-cuartel de la Guardia Civil en Vic (me parecía); la de otra casa-cuartel en Zaragoza (me sonaba). No estaba muy seguro de los años (no habría sabido decirlos si me hubieran preguntado un minuto antes), y en los ochenta y primeros noventa ETA cometió tantos asesinatos que resultaba imposible ser preciso sobre ninguno y aun distinguirlos, con alguna excepción clamorosa (hasta julio de aquel 1997 no se produciría el del joven Miguel Ángel Blanco, que causó tanta impresión porque fue anunciado: había un reloj que corría mientras aquel modesto concejal de pueblo, secuestrado, esperaba a ser liberado o ejecutado a sangre fría; así que los muchos crímenes continuaron la década entera). Es uno de los efectos malvados de la cantidad: cuanto más hay de una aberración o vileza, menos aberración o vileza parecen y más cuesta diferenciar cada una. La cantidad consigue la mayor de las perversiones, restar gravedad a lo muy grave, por eso dejan de contarse las bajas en las guerras, al menos dejan de contarse mientras duran y los caídos siguen cayendo. Y a veces los responsables prolongan sin necesidad sus guerras precisamente por eso: para evitar que se empiecen a contar los muertos que cargarán sobre sus espaldas. También mis dos países lo han hecho, no me engaño.

Saqué un cigarrillo y Tupra me imitó al instante, al abandonar el jardín se había refrenado un breve rato. Fumaba más que yo y que Berta, lo cual ya era decir incluso en el 97, cuando el mundo no era demasiado histérico ni se había hecho prohibicionista de todo. El tipo que hablaba por los codos en la mesa de al lado no tardó en molestarme y desconcentrarme un poco: su voz era estentórea —una ametralladora, cada frase un tiro con la consiguiente herida—, e incomprensiblemente acaparaba la conversación de su grupo como si fuera un domine. Peroraba, para mayor desgracia, sobre alimentos para mí repugnantes (mi estómago siempre fue poco español o nada): sesos, callos, higadillos, mollejas, tripas, entresijos y encebollados. Yo lo veía de espaldas, el pelo rapado y una nuca de toro, toda la pinta de un mastuerzo. Le pegaba llamarse Rebollo, Orejudo, Cebollero, Chicharro o algún apellido por el estilo, aunque nadie tenga culpa del que le cae en suerte.

—Me estás hablando de Zaragoza o de Vic o de Barcelona, supongo.

—Barcelona y Zaragoza. El primero el 19 de junio del 87, el de Hipercor. —Lo pronunció a la inglesa, ‘Jáipercor’ más o menos—. El segundo el 11 de diciembre. Tristes Navidades las de ese año.



Se me representó en seguida una imagen aparecida en la prensa en su día, posiblemente de Zaragoza, tanto daba, una de esas que nunca se olvidan: en un paisaje de desolación y daño, con cascotes por el suelo y un maligno humo flotante, un guardia con corbata bajo el uniforme y la cara ensangrentada avanzaba con una niña en brazos de unos siete u ocho años, uno de cuyos pies parecía medio destrozado y cuyo rostro sólo reflejaba dolor, dolor simple. Más al fondo —era una de esas fotografías que inevitablemente se queda uno mirando minutos, en blanco y negro— se veía a un matrimonio, el marido abrazado a la mujer y ésta sujetando una sillita con su bebé sentado en ella, no tendría más de un año, gracias a su edad borraría cuanto ahora oía y veía. En otro lugar se divisaba a un padre (probablemente un padre) protegiendo con sus brazos a otro crío de unos cuatro o cinco, y a su lado una niña más alta que se las arreglaba por su cuenta, con entereza. Lo que mejor recordaba, sin embargo, era la expresión del guardia joven, o tal vez bombero, con aquella niña en brazos. Aunque gran parte de la cara aparecía ensangrentada, impidiendo distinguir bien sus rasgos (sangre propia o ajena, como la que manchaba en abundancia el brazo visible de su socorrida), su mirada era una mezcla de determinación y pena profunda, quizá también había en ella un elemento de ira aplazada y

otro de incredulidad ante lo que contemplaba. Determinación de salvar a la criatura malherida, a la que no dirigía la vista, fija al frente, tal vez hacia la enfermería a la que debía llegar pronto. Pena profunda quién sabe, había tantos motivos: por no haber podido evitar la matanza, por el espectáculo del mal superfluo, por el terror de los niños con entendimiento escaso que allí vivían con sus padres, por sus compañeros recién reventados. Quise recordar que luego ETA había echado la culpa a esos padres a través de sus portavoces periodísticos y políticos (llevaba a cabo atentados y pretendía limpiarlos): si no hubieran metido a sus familias en aquellas casas-cuartel, no habría habido menores entre las víctimas, eran los propios guardias quienes se escudaban en ellas, las ponían en peligro y sacrificaban sus vidas por egoísmo. La banda se daba cuenta de que matar a niños no la favorecía. Tampoco la perjudicaba apenas entre sus seguidores, que aplaudían sus acciones sin importar cuáles fueran y le pedían más, las razones se encuentran siempre más tarde, sin falta. Sólo el primer paso cuesta y se había dado hacía siglos, los demás eran la natural consecuencia de la andadura, es decir, de poner un pie tras otro y no pararse.

Mientras se me representaba aquella vieja foto de prensa seguía sin mirar las que Tupra me había colocado en la mesa, aunque cada minuto que pasaba se me hacía más difícil contener la vista, tiende a fijarse en lo que no debe y la tienta. Tupra estaba más cerca que yo de Rebollo, casi pegado a su espalda. Noté que también a él lo irritaba con su voz recia y su catarata, si bien no entendía, por fortuna, una palabra de lo que soltaba éste. Su disertación versaba ahora de las gallinejas, que ni siquiera yo sabía qué eran, pero me sonaban a cosa asquerosa, y de la sangre frita, ‘pero no en plan morcilla’, puntualizaba, ‘sino a secas y recién brotada’. Era asombroso que ocho o nueve personas de aspecto normal escucharan lección tan apasionante sin apenas meter baza, y sin propinarle al orador un puñetazo por plasta. A eso se le llama adueñarse del discurso, y está al alcance de cualquier memo: lo sabemos, por lo menos, desde los años treinta del siglo pasado.

Tupra torcía un poco la cabeza de vez en cuando, como si le diera curiosidad verle la cara a Chicharro.

—¿Qué está diciendo ese hombre? —me preguntó—. Parece que esté arengando a unas tropas. ¿Por qué tiene que hablar tan alto? Están todos bien apiñados.

—Tonterías, habla de comida. No hagas caso.

—Qué manía le ha entrado a todo el mundo de hacerse pasar por gastrónomo. No lo entiendo. Nada hay más tedioso que hablar de platos y cocina. Me está poniendo la cabeza hecha un bombo. No sé si que le llames la atención. No hace falta que la plaza entera se entere de sus opiniones. Está abusando.

—¿Y qué hizo esa mujer? —le pregunté para distraerlo de eso y devolverlo a lo nuestro. Temía a Tupra irascible, sólo me faltaba encararme con un mastuerzo por indicación suya, seguía propenso a darme órdenes—. La que fuera.

—No lo sé con exactitud, no importa mucho. Desde luego no condujo hasta allí los coches-bomba, hasta Barcelona y Zaragoza. No estuvo en el lugar de los hechos. Pero intervino, colaboró, tuvo parte, seguramente a distancia, ya te lo he dicho. Organizó, preparó, asesoró, persuadió, ideó o financió, qué sé yo, planeó o dio el visto bueno. Hay certeza de que fue necesaria para el éxito de esos atentados. Mi amigo George sabrá más sin duda, pero yo no le he pedido detalles. Sería una descortesía, no solemos hacerlo. Me fío de lo que me cuenta como él se fía de lo que le cuento yo. Me solicita un favor y yo se lo hago si puedo, sin muchas preguntas. Otras veces ha sido a la inversa. Así es como funcionamos, hoy por ti, mañana por mí. Nosotros los ayudamos con ETA y ellos nos ayudan con el IRA, de la misma forma que esas dos organizaciones se apoyan y se hacen préstamos. No vamos a ser más tontos que ellas, ¿no? Tampoco tú necesitarás detalles, si te ocupas. Nunca te di más que los imprescindibles, y tú no querías saber más que los justos, como debe ser. Nunca diste la lata ni cuestionaste los motivos, por eso fuiste tan buen agente. Aparte de tus capacidades, claro.

Tocaba otro soplo de halago.

—¿Si me ocupo de qué?

—De encontrarla, ¿de qué va a ser? De descubrirla. Cuando te dignes mirar las fotos, hablamos de eso. —Estaba atento a mis ojos, sabía que aún no los había bajado.

—‘Así es como funcionamos’, dices. Tu amigo Jorge está en los Servicios Secretos de aquí, entiendo. En el CESID, supongo.

Tupra negó con la cabeza.

—No, en absoluto, no exactamente. —No le importaba contradecirse en las respuestas—. Es probable que un día esté al mando de ellos, no me extrañaría. De momento es externo, va por libre. Todo ha de hacerse de muy lejos, aquí ya se ha metido mucho la pata. También yo voy bastante por libre en este asunto, en eso no voy a engañarte. No voy a engañarte en nada.

—¿Quieres decir que el favor es personal, que no tienes órdenes de arriba? ¿Que la operación es cosa tuya y arriba ni siquiera saben? McColl no tendrá el menor conocimiento, claro —dijo refiriéndome al último director del Secret Intelligence Service al que indirectamente había servido.

Tupra se rio con risa seca. Entonces llegó la camarera con las nuevas cervezas y las bravas. Él juntó más las fotos con cuidado para hacerle sitio al plato y que no se mancharan. Me preguntó si aquellas patatas eran también de regalo, las vio abundantes. Le contesté que no, que esta vez las había pedido, esperaba que le gustaran. Pinchó una en seguida con el tenedorcillo, la empapó de salsa roja y se la llevó a la boca con hambre. Sí le gustó, fue evidente.

—Esto pica un poco, ¿no? —comentó complacido—. ¿Es mexicano? —Luego me contestó—: Ya no es McColl, ahora es Spedding. Desde 1994. Sí que te has retirado, no creí que no lo supieras, trabajas para el Foreign Office, al fin y al cabo.

—Presto sólo atención a mis tareas. El resto para mí ya no existe.

Hizo caso omiso de mi declaración tan rotunda. Sabía que todo existe para todos siempre, que nada se deja atrás enteramente. El pasado es un intruso imposible de mantener a raya.

—Las órdenes son laberínticas, Tom. De vez en cuando alguien se pierde por el camino, o se pasa a alguien por alto. La cadena es a menudo larga, no muy sólida ni tensa por tanto; lo normal es que algún eslabón se suelte o se ausente, o se tuerza y se dé la vuelta y se quede de espaldas. En cuanto al conocimiento, eso es algo que la mayoría prefiere evitarse, cuentas con tu propia experiencia. Son

pocos los jefes que lo preguntan todo, así pueden sorprenderse y montar en cólera si las cosas salen mal o se exageran las medidas, las acciones, no digamos las represalias. Si se nos va la mano. Tú sabes lo difícil que es controlar en todo instante la mano. Adquiere voluntad propia, en algunas circunstancias. A ti se te fue también, hace tiempo, acuérdate.

Aquello me desagradó y dolió mucho, lo acusé como un golpe bajo. Acaso era una estratagema para convencerme de antemano, de lo que fuera a encomendarme, de lo que viniera: me metía en la cabeza al intruso, le abría una portezuela y le facilitaba la entrada, el asalto, como siempre han hecho los traidores o los infiltrados (mis pares), y también los descuidados, en las ciudades amuralladas, fortalezas y castillos que sucumbieron finalmente a su asedio. Claro que a mí me asediaba el pasado, pero cada mañana hacía un esfuerzo mental —casi automático— para ahuyentarlo y cerrarle el paso, y lo lograba. Uno se acostumbra a rechazar pensamientos, imágenes, hechos, incluso actos que cometió uno mismo, y eso acaba convirtiéndose en un ejercicio tan rutinario (bueno, no tanto, exagero) como levantarse de la cama, lavarse los dientes, bañarse, afeitarse, y así uno ya sale a la calle limpio de cuerpo y de mortificaciones. Es distinto, es más difícil, si alguien le planta delante esos recuerdos. Tupra era quien mejor los conocía y había tenido el mal gusto de hacerlo. No creía que hubiera mala intención, sólo la procura de su provecho, nunca descartaba nada si le parecían eficaces los métodos.

Sí, a lo largo de veinte o más años de actividad, de servicio, se me había ido dos veces la mano, supuse que se refería a esas, en su día le había hecho informes orales de lo ocurrido, sin dejar constancia escrita: me había cargado a dos tipos, por necesidad y justificadamente, para salvarme en una ocasión, en otra para detener una desgracia que habría causado un montón de muertos probablemente (sí, nada es seguro hasta que sucede), como los de Barcelona y Zaragoza. En este segundo caso también me había cruzado —un aleteo— la idea de venganza o castigo, no es fácil diferenciarlas. Me decía que sólo era un individuo matado por cada diez u once años, había compañeros y antecesores a los que se les había ido la mano con mucha mayor frecuencia, el dedo con que se aprieta un gatillo, el puño con que se empuña un cuchillo.

Eso no consuela, aunque se lo diga uno. ‘Fue un mal menor, no quedó otro remedio’, es uno de los argumentos útiles. ‘Ya no puede deshacerse, no hay retroceso, ellos ya no están aquí y en cambio yo

permanezco, me toca ocuparme de mí y no de esos muertos que se alejan, aunque quisiera no podría.' Y también esto, claro: 'Sabían a lo que se exponían, sabían que no siempre se sale con vida, lo mismo que yo y que tantos otros, en las guerras abiertas y en las escondidas'.

Sin duda había provocado más bajas indirectamente, con mis averiguaciones y mis disimulos, mis avisos y mis delaciones, mis fingimientos y sonsacamientos; pero uno sólo tiene plena conciencia de las que son obra personal suya, es decir, de aquellas en las que vio morir al otro y esa muerte dependió de su movimiento, como dependió la de Ana Bolena del silbido o la ráfaga de viento fuerte que el 'espada' de Calais emitió o levantó con su espada rauda tras haber cruzado el Canal amablemente para un día inglés de aún frío mayo.

Ahí interviene la voluntad, la determinación, el propósito: aunque sea una voluntad apremiada, vacilante, demasiado turbia o aterrada, una voluntad demediada, que en parte nos pertenece y en parte a la cólera o al miedo. Uno se defiende y taja en caliente o decide en frío evitar una tragedia, o quizá castigar y cobrarse el daño infligido a los suyos, a unos suyos que no conoció y que tal vez fueran escoria, ya no hay modo de saberlo una vez convertidos en víctimas (escoria hay en todos los bandos, y desde luego también en el nuestro). E interviene el ojo, ser testigo de lo que ha hecho uno mismo. 'A aquel le quité yo la vida, con mis manos. Aquel intentó resistirse con todas sus fuerzas y darmel a mí pasaporte y no pudo, porque yo fui más hábil o más fuerte o más rápido, más trámoso o actué con ventaja. Quité de en medio a un mal bicho y seguramente libré a mi mundo de calamidades, y en cierto modo impartí justicia, teniendo en cuenta lo que ya había hecho.'

Pero esa reflexión no suprime el recuerdo de haber visto cómo se le escapaba la vida por el boquete que uno abría y cómo le salía la sangre, de haber asistido a su pánico y a su final impotencia, o a su sorpresa inicial al saberse herido y figurarse (porque uno siempre se lo figura tan sólo, como si aún no hubiera llegado) que aquel era el día de su acabamiento. Uno capta en su mirada un atisbo de incredulidad o de negación desesperada, uno cree percibir que el agonizante alcanza a pensar algo que se parecerá mucho a esto:

'No, no puede estar ocurriendo, no es posible que ya no vaya a ver ni a oír nada ni a proferir más palabra, que esta cabeza que aún funciona se pare o se apague, esta que aún está llena y me atormenta; que ya no vaya a levantarme ni a mover un dedo siquiera y que me lancen a una fosa o a un río o a un barranco o a un lago, o que me quemen como a leña sólo que sin su grato olor boscoso, y que mi cuerpo despida una pestilente humareda, oleré a carne abrasada si es que todavía yo soy yo para entonces. Lo seré a los ojos de quien me ha matado y de quienes me vean y me recojan y me manipulen y me trasladen, que seguirán reconociéndome en mis rasgos como si estuviera vivo, pero no a los míos ni en mi conciencia, al parecer careceré de conciencia...'.

Y uno no puede por menos de meditar, retrospectivamente, que no hubo toque de difuntos para los que uno mató, aunque cayeran en su individualidad absoluta, a solas y sin amigos cerca; ni lenta bajada de persianas.

Todo esto lo sé bien, o bien me lo imagino, porque en varias ocasiones —sí, unas cuantas fueron— pensé acabar yo de esa manera, con un tiro en la nuca o la frente o una puñalada en un costado, o tal vez envenenado entre incomprensibles dolores y ahogos.

Recuerdo que uno de mis dos, cuando la incredulidad ya le cesó y entendió que se moría, acertó a mirarme sin rencor, a lo sumo con un ligero reproche menos dirigido a mí que al orden del universo, que lo había traído hasta aquí sin su consentimiento, lo había envuelto y enredado durante el tiempo que lo había albergado, y ahora se lo llevaba de pronto sin tampoco consultarle nada, lo expulsaba y suprimía. Y en el último instante, como si se hubieran concentrado en ellos las fuerzas mínimas que le restaban, movió los pies agitadamente, velozmente en su imaginación, como si pudiera correr y huir todavía. Estaba tirado en el suelo y sus plantas no lo tocaban, corrían en el aire vacío en una ilusa tentativa póstuma de ponerse por fin a salvo, cuando en realidad eran los pasos, a la vez ligeros y exhaustos, que lo conducían a la inexistencia.

También se acoge uno a eso, al orden del universo, para empezar cada día sin los lastres que se acumulan durante el sueño, cuando la cabeza está indefensa y permite las condensaciones. Uno se dice que de algo hay que aniquilarse, y que al fin y al cabo esos hombres, lo mismo que yo y que Tupra y que cuantos deciden moldear el mundo, aunque sea en un insignificante detalle que nadie va a registrar ni a tener en cuenta, escogieron la forma posible de su cancelación, que no fue por enfermedad ni accidente ni por natural languidecimiento o declive, sino a manos del enemigo que ellos trataban de destruir igualmente. Y se dice que uno ya no es uno exactamente, en semejantes circunstancias: yo ya no fui Tomás Nevinson sino un mero enemigo sin nombre al que acompañó la fortuna en esos lances, lo mismo que a lo largo de la historia ha ido beneficiando a los supervivientes de las guerras, esos que nunca se cuentan y a los que se posterga luego y desatiende.

Hubo soldados rasos de Napoleón que volvieron sanos y salvos tras recorrer millares de kilómetros a pie y participar en incontables batallas que se alargaban hasta el atardecer muchas veces y se interrumpían por falta de luz y cansancio, tras padecer hambre y frío y caminar con botas deshechas y pesadísimos pertrechos por Europa, Rusia y el Norte de África. Hubo individuos medievales que regresaron de una Cruzada y todavía vivieron años al abrigo de sus hogares que creyeron no ir a ver más, mientras sufrían o llevaban a cabo escabechinas en tierras cálidas y apartadas, o en bajeles. Los hay que mueren en la primera escaramuza y con las primeras descargas, y los hay que no reciben ni un rasguño (o un par de cicatrices menores) al cabo de dos o tres lustros de campañas interminables.

La mayoría no se mete en eso voluntariamente, sino que es reclutada en una leva y va obligada, o se alista demasiado joven para adivinar en qué se embarca y qué clase de horrores la aguardan. Nosotros, en cambio, casi todos nos apuntamos, y deberíamos saber o sabemos en qué puede desembocar un mal cálculo, un mal paso, una impaciencia. Si yo no me apunté al principio y además era fácil de asustar y engañar —un pardillo—,

tampoco me desapunté cuando todavía no era muy tarde y acaso estuvo en mi mano, es decir, cuando ya se me había olvidado por qué había empezado a hacer lo que hacía, y creía hacerlo por sentido de la utilidad y el deber y por cierto gusto y cierto orgullo más o menos inconfesados: lo que viene a ser lealtad y patriotismo, o la famosa defensa.

Tupra había dado cuenta de las patatas bravas a toda velocidad, sin dejarme más que la de la vergüenza, estaba hambriento o le habían entusiasmado. Reparó en ello y me dijo que pidiera otra ración para mí, sentía habérselas zampado compulsivamente. Le hice un ademán a la camarera y le señalé el plato casi vacío, y a continuación hice girar el índice en señal de repetición. Asintió desde otra mesa a la que atendía, la verdad es que se habían llenado como en primavera y se me había pasado el frío.

—¿Ya te ha entendido? —me preguntó Tupra.

Me pareció notarlo ansioso, debía de querer él más bravas, no había soltado el tenedorcillo, como un niño que reclama más comida.

—Sí, aquí gesticulamos más que en Inglaterra, y con eficacia. —Y entonces respondí a su golpe bajo—: A mí no se me fue nunca la mano, Tupra. Te lo conté en su momento: una vez no me quedó más remedio, la otra elegí entre dos males. Hice lo que me enseñaste, paré una desgracia. ¿O acaso no paré así una desgracia segura? Si es que te acuerdas.

—Lo que tú digas, Tom. Segura no, pero muy probable. Mejor así, que siempre hayas sabido lo que hacías y que todo fuera a propósito. Espero que sigas sabiéndolo, cuando encuentres a esa mujer que no miras.

Ya no andaba por ese derrotero de la conversación. Cebollero lo estaba sacando de quicio con su discurso estridente e incansable, ahora hablaba de la matanza del cerdo en no sé qué zona de la que provenía, con escabrosos pormenores. Madrid tomado por los forasteros.

—¿Le dices tú algo a este tipo o se lo digo yo? Ya está bien de atronar los oídos. ¿Todavía sigue con los platos?

—Más o menos, pero aún peor, en plan macabro. ¿Qué diablos vas a decirle? No hablas español. Cambiémonos a otra terraza, a mí no me metas en líos. Lo último que me apetece es una trifulca con ese grupo. Son muchos. Y es día de Reyes.

—No podemos cambiarnos ahora. Nos van a traer más patatas de estas —dijo elocuentemente y como si ese fuera un argumento incontestable.

Rebollo estaba justo a su espalda, luego Tupra padecía aún más que yo su verborrea, aunque en mayor o menor grado la debía de padecer la amplia plaza entera. Sin darme tiempo a impedírselo ni a disuadirlo, se dio media vuelta y corrió su silla hasta quedar muy pegado a él, como si estuviera en la fila de atrás de un teatro y se inclinara, y entonces le cuchicheó al oído. Lo raro fue que Orejudo no se movió, se mantuvo quieto y continuó de espaldas. Si alguien se dirige por sorpresa a uno, y le susurra en lengua que no conoce, lo normal es volverse y mirarlo a la cara. El resto de la mesa se percató de la intrusión en el acto y guardó un breve silencio expectante, a la espera de que Tupra acabara y Cebollero informara. Por el rato que le llevó, Tupra hubo de soltarle una parrafada, en inglés por fuerza: no larga, pero tampoco un par de frases desabridas. Luego se separó, y antes de recobrar su posición frente a mí, vi cómo le hacía un gesto amansador con la mano, la bajó varias veces, en horizontal y estirada. Eso sí lo entendería aquel patán de las gallinejas y cualquiera, que moderara el tono a partir de aquel momento.

—¿Quién era ese? ¿Lo conocías? ¿Qué te ha dicho? —oí que le preguntaban las mujeres del grupo, con curiosidad y un dejo de susto.

Yo sabía que mi antiguo jefe era bien capaz de inspirar miedo de pronto, de un instante a otro; de pasar sin transición de unas sonrisas y unas palabras amables a una amenaza que sonaba siempre seria. Eso no lo había aprendido yo nunca, por mucho que lo observara.

Y a eso respondió Cochinero:

—Nada, nada, es un extranjero chiflado. —Lo dijo con un hilo de voz, y acto seguido se sumió en un mutismo tan llamativo que costó bastantes segundos que alguien se animara a intentar

relevarlo, la conversación languideció de inmediato. Era como si a todos se les hubieran cortado las ganas, en seco, de escuchar más estúpida cháchara sobre porquerías alimenticias o sobre cualquier otra imbecilidad amena, aquel grupo no prometía ni una frase interesante. Como si hubieran advertido que allí se cernía un peligro, y que al lado de nuestra mesa no se podía estar tranquilo.

Tupra era mundano y simpático cuando quería, pero tenía la facultad de congelar una reunión jovial sin previo aviso, con sus ojos abarcadores que de pronto se tornaban árticos, con su voz serena que a veces sonaba como pisadas en la escarcha o como hielo que se resquebraja. Esparcía una bruma maligna a su alrededor, cuando le convenía o se le antojaba. Había probado a imitarlo, pero a mí no me salía.

—¿Qué le has dicho? —le pregunté—. No te habrá entendido nada, dudo que ese cabestro sepa más inglés que '*thank you*'.

—Ha entendido perfectamente que le ponía una navaja en los riñones y que le clavaba un poco la punta. Que bastaba con que hiciera fuerza para hincársela hasta el mango. Y él no tenía ni idea de cuán larga era la hoja. Si no la ves, nunca lo sabes.

—¿Llevas una navaja? ¿Estás loco? ¿Lo has amenazado con ella? Has perdido el sentido de la proporción, tampoco era para eso. Yo no te he visto sacarla, ¿dónde la tienes?

Ahora ocultaba las manos debajo de la mesa, como un niño que ha hecho una trastada. Alzó una con el tenedorcillo de las patatas bravas, bien agarrado, e hizo con él un escueto gesto de apuñalamiento, de abajo arriba.

—Lo que he perdido es la infinita paciencia, eso mengua con los años. Y veo que se te han olvidado las primeras lecciones. Son las que quedan más lejos, pero las fundamentales en el adiestramiento, las que se llevan grabadas. Cualquier cosa es una navaja, es un arma, la cuestión es cómo se empuñe esa cosa y el impulso que se le dé, ¿ya no te acuerdas? Si uno empuña adecuadamente un bolígrafo, incluso un lápiz o unas pinzas o un peine, no digamos unas tijeritas o una lima de uñas o un cepillo de dientes, para el que nota la punta todo eso es una navaja. Esto tiene tres puntas metálicas, nada menos, tres puntas que se convierten en una ancha para la carne que pillan.

Arrojó con suficiencia el tenedorcillo sobre el plato (si hubiera sido español lo habría acompañado de un ‘Ea’) y buscó con la mirada a la camarera. Ya venía hacia nosotros con la nueva ración de bravas. Los súbditos de Cuchillero aprovecharon para pedirle la cuenta, habían decidido marcharse sin saber por qué lo hacían. Él seguía enmudecido, sin pronunciar una palabra.

—¿Tú sabes lo que pasó en Hipercor? —me preguntó poco después, tras haber engullido cuatro o cinco patatas de las que iban a compensarme de su anterior voracidad; otros clientes más discretos se habían apresurado a ocupar la mesa vecina, era increíble que las terrazas estuvieran tan concurridas un 6 de enero, aunque sea un día en que a las familias les gusta pasear con juguetes y niños y mirar. Volvió a decir ‘Jáipercor’ y estuve a punto de corregírselo, pero habría sido inútil, la mayoría de los ingleses son impermeables a las lenguas y a su pronunciación, como los españoles o más.

—Acabas de recordármelo. 19 de junio del 87, coche-bomba en un centro comercial. Veintiún muertos y cuarenta y cinco heridos. Cinco de los muertos, niños. De nueve años el menor. —Seguía siendo capaz de retener los datos a la primera.

—No me refiero a eso —respondió—. Eso son las cifras someras y frías, el cómputo final con el que nos quedamos todos, de los jueces a las enciclopedias. Quiero decir si sabes cómo ocurrió, de qué murieron los que murieron, qué les ocurrió. Gente que salió de sus casas y se fue a comprar. Seguramente nada era urgente, de lo que salió a comprar.

—Yo no estaba en España entonces, Bertie. No puedo recordar unos detalles que probablemente nunca leí ni escuché. Estaba oficialmente difunto, ¿no?, lo decretaste tú. Tampoco creo que quiera saberlos, para qué añadirme más horrores a la imaginación, con los míos ya tengo bastante. Me puedo figurar los resultados, por lo demás. He visto lo que hacen algunos de esos artefactos. —Me paré, me quedé pensativo un momento—. ¿Sabes? Aunque hubiera estado en España. Había tantos atentados en esos años que, cuando sucedían, se restaban gravedad entre sí. Sigue habiéndolos, pero más espaciados, y por tanto se diferencian más. Lo mismo que pasaba en el Ulster. Si ahora me contaras esos detalles, me parecerían más espantosos de lo que me habrían parecido en su día. El paso del tiempo produce mayor extrañeza y más pánico, y claridad. Uno se asombra más y se pregunta cómo pudo ocurrir.

A Tupra le dieron lo mismo mis consideraciones. Quería que mirara aquellas fotos que llevaban un buen rato sobre la mesa sin que yo les echara ni una ojeada de refilón. Y luego quería que le dijera que sí al encargo, a encontrar a una mujer entre tres. La verdad es que me iba ganando la curiosidad y me iba costando no bajar la vista, no mirar aquellos retratos, aquellas pinturas, aquellos rostros. O a lo mejor eran de cuerpo entero las fotos, tomadas en la calle, con las mujeres andando.

—Los tres miembros del *Comando Barcelona* de ETA metieron en el maletero de un coche robado doscientos kilos de carga explosiva, con un temporizador. Amonal, gasolina, pegamento, escamas de jabón. El mayor daño posible. Nada del todo desacostumbrado. Aparcaron el automóvil en el estacionamiento del centro. Hubo unas llamadas telefónicas confusas y tardías, que no dejaban margen para la búsqueda. En diez o quince minutos no hay quien encuentre un paquete escondido en una superficie tan extensa. Y los avisos omitieron graciosamente lo principal, que la bomba estaba dentro de un coche. Así que los explosivos se activaron a las cuatro y diez, era viernes. La primera planta del garaje voló por los aires y provocó un socavón de cinco metros de diámetro en el suelo del establecimiento, y por ese socavón penetró una enorme bola de fuego que abrasó a cuantas personas tuvieron la mala suerte de encontrarse en su camino. Dicen que la mezcla explosiva tuvo efectos semejantes a los del napalm, es decir, se pegaba a los cuerpos y elevó la temperatura hasta tres mil grados centígrados. Un humo negro y espeso impidió toda visibilidad y las mujeres no podían escapar (la mayoría de las víctimas fueron mujeres de compras). —‘También ellas murieron en manada’, pensé como un fogonazo, ‘y sus cinco niños, y los pocos hombres’—. Los materiales incendiarios adheridos a sus cuerpos eran imposibles de desprender y de apagar. Algunas quedaron completamente carbonizadas. Y luego, claro, los gases tóxicos causaron la asfixia de otras personas a las que el fuego no alcanzó ni envolvió. Todo fue una infamia: el lugar, el día, la hora, la clase de muerte, la clase de víctimas, la gratuidad.

—‘Mejor estar con los muertos’, también en esta ocasión —le devolví abreviada, inexacta, la cita de *Macbeth* que me había traído

a la memoria.

—No se consiguió nada con eso, no se consiguió nada de nada. Se sabía, y aun así se hizo —prosiguió Tupra, como si no me hubiera oído o le pareciera inoportuno mi comentario. Pero sí me había oído, porque añadió mientras masticaba otra brava—: George, que conoce bien a ETA, te diría que seguramente hubo éxtasis en la mente de quienes lo planearon y ejecutaron; pero no torturado. En absoluto, según él.

—Bueno, se consiguió aterrorizar, de eso se trata siempre.

—Sí, se aterroriza, ¿y qué? Con eso no se avanza un paso. Aquí seguís vosotros y aquí siguen también ellos, en diez años nada ha cambiado. Nada sustancial, ¿verdad?, ni digno de figurar en los anales. Los muertos de aquel día continúan muertos y los asesinos se pudren en prisión. Los que capturaron, claro. Durante el juicio no mostraron arrepentimiento. Tengo entendido que los presos de ETA brindan con sidra o *champagne* en sus celdas cada vez que sus correligionarios libres cometan un nuevo atentado.

—¿Fueron juzgados los de Hipercor? No lo recordaba. ¿Cuándo?

—En el 89.

—Yo seguía muerto y lejos, en el 89. ¿Y qué pasó?

—Se condenó a los autores materiales y al ideólogo, y al jefe de ETA en la época, Santi Potros si no recuerdo mal el nombre. Casi ochocientos años a cada uno de los ya juzgados, ya sabes cuántos cumplirán. A ver, aquí tengo los otros. —Sacó una cuartilla doblada del bolsillo del abrigo y me la tendió—. Léelos tú, yo no sé pronunciar estos nombres vascos.

Había tres nombres pulcramente escritos a máquina, quizá por Jorge: Rafael Caride, Domingo Troitiño y Josefa Ernaga. No pude evitar cierta sorpresa, aunque no era raro encontrar a mujeres entre los terroristas, a veces con altas responsabilidades, ni en España ni en los dos bandos de Irlanda del Norte ni en ningún otro lugar (algo tuve que tratar con la célebre Dolours Price, una vez fuera de prisión). Las había habido en Alemania e Italia y no digamos en la Unión Soviética, en Latinoamérica y en los países de Oriente Medio, incluido desde luego Israel, en todas partes mujeres con saña. Las

había entre nosotros, que no éramos terroristas sino su flagelo, o más bien su muro de contención, la iniciativa casi siempre de ellos.

—¿Una mujer participó? Es la única con apellido vasco. Troitiño es gallego y Caride yo creo que también. ¿En ese atentado, una mujer?

Con todo, me costaba creerlo, dada la extrema crueldad. Ya he dicho que yo fui educado a la antigua, y de eso quedan resabios, de la educación original. Las había visto participar en hechos atroces, pero sobre todo como colaboradoras en su preparación y organización. Y les había visto dudas con más frecuencia que a los varones, o reservas, o reparos, o remordimientos anticipados, lo que antes se llamaba ‘sentimientos encontrados’. Algunas llegaban hasta el final más por un fuerte sentido de la lealtad hacia los suyos, o hacia la causa abrazada, o por desafío, que por verdadera convicción.

—Fue una de las que puso la bomba en el hipermercado, autora material. No sé por qué te extraña a estas alturas, tú las has tratado en más de una ocasión, hasta te has acostado con ¿una, dos? —Tupra tenía muy buena memoria, era casi como un archivo andante—. La gente se siente más segura en presencia de mujeres, pero tú y yo sabemos que su compasión es una leyenda, o lo puede ser. Su compasión generalizada, quiero decir. También su menor crueldad. Y si muchas no tienen ésta por naturaleza, no es difícil inculcársela, tampoco oponen gran resistencia y entonces no hay vuelta atrás, los ejércitos deberían estar compuestos por mujeres aleccionadas; son determinadas y persistentes, algunas incommovibles una vez que alcanzan su determinación. Acuérdate de las que han ejercido el poder. Acuérdate de nuestra pobre y querida Maggie. Acuérdate de Ana Pauker, otra que fue apodada ‘la Dama de Hierro’ en su día, en su país.

—No sé quién es Ana Pauker.

—Pues estudia un poco más en vez de languidecer y perder tanto el tiempo aquí, acabarás siendo un vegetal. Hay que saberlo todo, lo máximo posible en nuestro trabajo. Historia es lo que más hay que leer, porque ahí están las enseñanzas y las instrucciones y las pautas de comportamiento para cada ocasión. Nosotros sólo nos encontramos variantes de lo que ha sucedido ya.

Dijo esto en tono de reprensión, como si yo estuviera todavía a sus órdenes y en periodo de formación. En seguida se refrenó y lo modificó, porque, aunque lo estaba irritando con mi pueril negativa a mirar, dependía aún de mi decisión, y sabía que no me arrancaría nada si a su vez me irritaba él a mí. Encendió otro cigarrillo con la boca ocupada por una brava, iba pillándolas cada poco rato con su diminuta arma tridente.

—La crueldad es contagiosa. El odio es contagioso. La fe es contagiosa... Se convierte en fanatismo a la velocidad del rayo... — Ahora el tono era mitad asertivo, mitad rememorativo—. Por eso encierran tanto peligro, por eso son difíciles de parar. Cuando uno quiere percibirse, ya se han propagado como un incendio en el bosque. Eso también se nos enseñó al principio, lo que conviene detectar al primer síntoma y cortar de raíz. Pero en la lista de Redwood había dos cosas más, eran cinco, espérate...

Redwood era un viejo instructor legendario en el MI5 y el MI6, un profesor de Filosofía por el que habían pasado promociones de agentes en su iniciación teórica, seguramente estaría retirado o muerto. Ahora era Tupra el olvidadizo de la lección.

—La locura es contagiosa. La estupidez es contagiosa —se la completé.

Aquella lista de nuestro adiestramiento sí la recordaba bien, demasiadas veces había comprobado su veracidad. La gente adopta una fe y se pone muy seria, después solemne. Empieza a creerse cuanto viene amparado o envuelto por esa fe, y entonces se vuelve estúpida. Si se la contraviene enloquece de rabia, no consiente que se la llame estúpida ni que se ponga en tela de juicio lo que constituye su totalidad y su repentina razón de ser. A partir de ahí desarrolla un odio meramente defensivo, irracional, hacia cuantos no comparten su fanatismo. Y a los que lo combaten abiertamente los trata con crueldad. Cuando la gente descubre esta última, se instala en ella y la esparce, y tarda mucho en hastiarse de su aplicación. Según Redwood sólo había un antídoto, al que le es casi imposible abrirse paso en medio de la enajenación.

—Y luego estaba el único antídoto, ¿te acuerdas? —le pregunté.

—Ah sí, vano consuelo. La risa es contagiosa —concluyó—. Lástima que quede barrida cuando cualquiera de las cinco dolencias se hace predominante; y a menudo las cinco van juntas, la una llama a la otra, y cuando aparece el paquete completo no queda nada más que hacer. Sólo cabe declararle la guerra y aplastarlo. Era así, ¿verdad?

—Sí, así era la lección —le respondí. Y añadí—: Ojo, Bertie, has dicho ‘en nuestro trabajo’. Te olvidas de que ya no es el mío.

No hizo caso a mi recordatorio o puntualización.

—¿No te das cuenta de que en eso estamos, de que en eso seguimos, en aplastarlo lentamente? Es una tarea muy larga y cada paso tiene importancia. Ayúdanos, Tom. Te vendrá bien volver a la actividad, será sólo esta vez.

Me quedé mirándolo a los ojos, ahora más azules que grises bajo el sol madrileño de invierno que había acabado ahuyentándome la sensación de frío. Sonreí, puede que sin lograr ocultar una leve expresión de triunfo, obviamente no me vi. Me había pedido ayuda, aunque lo disfrazara con un plural cuando aquí había poco plural legítimo. Por lo que había inferido, el encargo no venía de Spedding ni de ninguno de sus subalternos, o aún era más: ellos ignoraban probablemente lo que Tupra se traía entre manos. Él actuaba por su cuenta con el apoyo de su amigo Jorge y tal vez también con el del MI6, pero sin que éste lo supiera. Desde la caída del Muro y la desintegración de la Unión Soviética todo era más laxo y brumoso. Los mandos intermedios, como él, tenían mucho margen de maniobra, echaban mano de los recursos del Estado para asuntos que no siempre eran en interés de la Corona o que ésta acaso habría vetado terminantemente. Daban órdenes inventadas, es decir, que ellos no habían recibido de nadie con autoridad o que a lo sumo procedían de particulares, de empresas y multinacionales o quién sabía a veces de quién (hasta podían provenir de alguien acaudalado con rivales muy tercos o con cuentas pendientes, que utilizara como instrumentos a honorables y confiados miembros de los Servicios Secretos de Su Majestad).

Durante diez o doce años aumentó la nebulosa que naturalmente se cierne sobre este mundo, digamos entre 1989 y 2001, el atentado de las Torres Gemelas puso fin a la indolencia y a la dispersión. La mayoría de los agentes nunca nos preguntábamos a quién beneficiaba una operación. Suponíamos que siempre al Estado y obedecíamos, como de costumbre, a nuestros inmediatos superiores, encogiéndonos de hombros ante los rumores de que tenían varios amos alternantes en aquel largo periodo de desconcierto, confusión y relativa pasividad.

Con todo y con eso, ¿por qué le importaba tanto a Tupra una mujer colaboradora de ETA? Los problemas de mi segundo o primer país no solían afectar al primero o segundo, y para Tupra sólo había uno, lo mismo que para sus muchos nombres. Claro que se me ocurrió esto en seguida: todavía coleaba en España el escándalo de

los GAL o Grupos Antiterroristas de Liberación, fuerzas parapoliciales clandestinas que habían asesinado y secuestrado a miembros y simpatizantes de ETA en los años ochenta bajo los Gobiernos socialistas de Felipe González; así que el Estado español tenía de momento las manos atadas a la hora de utilizar atajos en la lucha antiterrorista. Si alguien de los Servicios Secretos británicos se ocupaba de algún encargo, fuera de los cauces oficiales además, nadie señalaría al Gobierno actual, el de Aznar, que por razones políticas y propagandísticas había criticado despiadadamente la guerra sucia de los GAL, cuando probablemente no le parecía mal en el fondo de su corazón.

Todavía estaban recientes las condenas a penas de cárcel de altos cargos de Interior, policías, guardias civiles, militares e integrantes del CESID que habían formado parte de los GAL, así como de dirigentes socialistas acusados de haberlos montado y financiado con dinero del Estado, los llamados fondos de reptiles.

—¿Y qué ha hecho esa mujer después del 87? —le pregunté—. Estamos hablando de sucesos de hace diez años. ¿Ha seguido en activo tanto tiempo? ¿Sigue siendo un peligro constante? No sé, yo no estoy muy enterado, pero me da que la gente de ETA va cayendo con más frecuencia de la que desearía cualquier organización de este tipo. Me has dicho que los de Hipercor fueron juzgados pronto. Llamativamente pronto para haber llevado a cabo un atentado tan sanguinario. Lo normal habría sido que se diluyeran en Francia. O que se hubieran largado a América para no volver.

—El de mayor número de víctimas hasta la fecha: veintiún muertos y cuarenta y cinco heridos, algunos con espantosas mutilaciones —repitió Tupra; me quería subrayar la infamia, a su manera sin excesos dramáticos—. Yo tampoco soy un experto en esa banda, pero al parecer no se conforman con que sus comandos den un golpe sonado. Los explotan y explotan sin tregua, hasta sacrificarlos, hacerlos reventar. Una extraña forma de actuar. Les van encargando una tarea tras otra, y no los dejan reposar ni desaparecer. Si después de lo de Hipercor permanecieron en Barcelona, como creo, y se les ordenó el ametrallamiento de un coronel del Ejército o la colocación de una bomba-lapa en una furgoneta de la Guardia Civil, mucho no podían durar sin que los

capturasen. ¿Quieres saber los detalles de lo que ocurrió en la casa-cuartel de Zaragoza, sólo seis meses más tarde?

—No, no me hace falta. De aquello sí vi una imagen o dos, dondequiera que me encontrara, ya no lo sé seguro. Una la recuerdo muy bien, se debió de publicar en todas partes. Un guardia civil o un bombero con una niña malherida en brazos, un pie medio destrozado.

Tupra hizo un ademán elocuente con la mano, como si me dijera ‘Ahí lo tienes’ o ‘Qué más quieres’.

—Y alguien que participó en todo eso —dijo—, ¿no es una amenaza constante, indefinida en todo caso? Y aunque ya no lo fuera, ¿no merece ser castigada y pagar por ello? Sobre todo porque esa mujer no es de ETA, no del modo convencional o acostumbrado, y por lo tanto no ha caído ni tiene visos de ir a caer por sí sola, por sobreexplotación o sobrecarga de trabajo. A menos que se la haga caer, que tú te ocupes.

—Yo. Precisamente yo, que estoy fuera.

—Nunca se está fuera del todo. Y a quien cree que sí, le basta con dar un paso para estar otra vez dentro. Nadie mejor, nadie más indicado, porque esa mujer tiene mucho en común contigo. No es de ningún país enteramente, mitad norirlandesa y mitad española. También habla las dos lenguas a la perfección, es bilingüe, aunque ignoramos si posee tu don para las demás. Tuvo parte en esos dos atentados y sin duda en alguno más, anterior. Desde 1987, en cambio, que sepamos, no ha intervenido en más acciones, ni de ETA ni del IRA, ni siquiera de lejos, como maquinadora ni ideóloga ni supervisora. Para cuando se supo de su involucración en lo de Hipercor, de hecho, ya había desaparecido sin dejar rastro, más o menos como tú cuando te convertiste en James Rowland y a Tom Nevinson se lo dio por muerto. Tú has vivido años en la situación de ocultamiento y disfraz en que ella vive desde hace nueve, probablemente. Así que en apariencia está retirada, pero en estas organizaciones ocurre lo mismo que en las nuestras: el que se sale puede entrar de nuevo con un solo paso, voluntario o forzoso, sin que importe el tiempo transcurrido. Sólo que con ellas es peor, a pocos se les permite salirse, tienen que haber demostrado una lealtad a prueba de todo. En el caso de esta mujer, quién sabe: tal

vez se la consideró amortizada y que había cumplido con creces para ser una ‘externa’; o no lo bastante fanática, dubitativa, y de escasa utilidad futura; o quizá fue ella la que se apartó tras ver las dimensiones de lo de Barcelona y Zaragoza. Quizá reflexionó y lamentó haber colaborado, asesorado, facilitado esas matanzas, lo que fuera que hiciera. Demasiados muertos en un solo año, demasiados sin individualizar y a bullo, como si fuera una rifa, demasiados niños. Todo puede ser, nunca sabemos cómo vamos a reaccionar, con excepciones sanguinarias que no vacilan, como esa Josefa del *Comando Barcelona*, por lo visto.

Pronunció el nombre a la inglesa, dijo ‘Yósefa’ más o menos.

—Lo que es seguro es que hizo algo, y que nadie la ha detenido ni castigado. En realidad, ni se la ha encontrado. Así que cabe que sea una excepción sanguinaria y que solamente esté inactiva, o ‘durmiente’, como le gusta repetir a la prensa, a la espera de cometer otra atrocidad cuando convenga. Es una de estas tres mujeres. —Tupra volvió a tocar las fotos con el índice, pausadamente: una, dos y tres—. Lo que no sabemos es cuál. Ese es el problema, que no la tenemos identificada, y nosotros no vamos a emplear los métodos de las mafias. Ellas raptarían a las tres unas horas, las interrogarían y acabarían averiguándolo, a no ser que la sanguinaria en cuestión estuviera muy entrenada para resistir esas sesiones, no lo creo. Pero nosotros no hacemos eso, ni siquiera cuando actuamos por libre: seguimos siendo el Reino, también entonces. Dos de estas mujeres serán con certeza inocentes de toda inocencia, y no vamos a someter a un secuestro a una pobre madre de familia, o a una pobre profesora, o a la honrada dueña de un restaurante. Al fin y al cabo no estamos en guerra abierta, cuando se sacrifica a quien haga falta para no poner nada en riesgo ni dejar cabos sueltos. Ellos, en cambio, sí creen estarlo, en su delirio, y se sienten justificados. Eso es lo que nos diferencia y nos coloca en desventaja. También nos aventajan en odio. Nosotros, ya lo sabes, no lo tenemos. Nos es desconocido.

Tupra hizo estas afirmaciones en un tono demasiado neutro como para no sospechar que estaba diciendo lo contrario. Bien mirado, ¿qué podía impelirlos, a él o a su amigo español Jorge, a rastrear con ahínco el paradero de alguien secundario que había tenido que ver en crímenes particularmente horrendos, pero de hacía ya diez años, que son muchos en el terrorismo porque éste obra por acumulación y los hace sucederse sin apenas pausa, y así desdibuja los anteriores a la vez que produce un efecto desalentador, la sensación de que llevamos ya muchos y de que ninguno será el último? Persigue la indistinción final, persigue el agotamiento.

Los autores materiales cumplían largas penas de cárcel, es decir, los principales hasta cierto punto. También quien había dado la orden definitiva, el llamado Santi Potros, máximo responsable de la banda entonces. Unos en España, otros en Francia. Si en cada crimen se buscara a quien ha intervenido o lo ha posibilitado de alguna forma, sin querer o queriendo, sin intuir o intuyendo; a quien ha dado una información vital o ha contado algo inadvertidamente; a quien ha albergado una noche a un pariente o vecino sin saber qué venía de hacer o qué haría a la mañana siguiente en la ciudad o en el pueblo; a quien ha pasado dinero a un amigo en apuros, o ha donado sus ahorros a una ONG o a una parroquia, creyendo sacar a alguien del atolladero o salvar a unos niños famélicos o a unos pobres refugiados; a quien ha prestado un destornillador o pegamento o gasolina o jabón o clavos sin imaginar para qué se necesitaban o cómo iban a utilizarse —o un tenedorcillo, incluso—, seguramente media humanidad podría verse como copartícipe o cómplice.

A eso recurren, de hecho, quienes infligen los mayores daños, y en general los asesinos, que suelen convertir a las víctimas en causantes de los crímenes que cometen, esto es, de sus propias muertes o amputaciones. No habría habido matanzas en las casas-cuartel de Zaragoza y Vic de no haber vivido guardias civiles en ellas poniendo en peligro a sus familias; ni en Hipercor, si las autoridades hubieran actuado con más diligencia y hubieran

desalojado el centro tras nuestros confusos avisos (haber escondido una bomba en el maletero de un coche era un detalle mínimo, bien pudieron impedir que explotara); no se habría ajusticiado a ningún policía ni militar ni periodista ni juez ni tendero si nuestro país, que nunca ha sido invadido —ni siquiera por los romanos—, no estuviera sin embargo misteriosamente ocupado; ni a ningún empresario si todos hubieran pagado sin rechistar, con patriotismo, lo que les exigimos para la causa; no habría habido un solo muerto en el Ulster si los ingleses no nos hubieran robado una parte de nuestra isla tras habérnosla robado entera durante siglos; tampoco si los católicos no nos persiguieran y pretendieran expulsarnos de nuestra tierra tan británica como Londres o Canterbury, tan nuestra como de ellos o más, la suya está al sur, que se vayan allí a oír sus misas y no molesten.

La responsabilidad siempre es ajena, y es tan fácil esparcirla... A lo largo de mi vida había oído argumentos de todo tipo, y el más frecuente, en resumen, ha sido este: sí, lo maté, fue culpa suya. Supongo que también yo lo he empleado, hasta cierto punto.

Qué sentido tenía malgastar tiempo, dinero, energías, en buscar a aquella mujer al cabo de los años. Son tantos los criminales que quedan impunes, son tantos los casos en que resulta imposible demostrar nada o en los que ni siquiera llega a saberse que tal o cual persona intervino, directa o indirectamente; son tantos los atropellos de los que ni se tiene noticia, que pasan por accidentes o enfermedades súbitas o reveses del destino, meteduras de pata, mala suerte, suicidios, temeridad o imprudencia o mal cálculo de las fuerzas propias; o que se atribuyen a otros, cabezas de turco a los que se condena y castiga.

Sobre mí había pesado esa amenaza cuando era joven y bisoño, y el Profesor Wheeler me había advertido con unas palabras que a menudo he recordado: 'Peor sería que te detuvieran con una acusación de homicidio en regla, verdad —me había dicho tras encomendarme a Tupra, al que conocí a raíz de eso—. Un juicio nunca se sabe cómo puede terminar, por mucho que uno sea inocente y crea tenerlo todo a su favor. La verdad no cuenta, porque se trata de que decida sobre ella, de que la establezca alguien que nunca sabe cuál es: me refiero a un juez. No es cuestión de ponerse

en manos de quien sólo puede dar palos de ciego, de quien va a jugársela a cara o cruz y tan sólo la puede adivinar o intuir. En realidad, si bien se mira, es absurdo que se juzgue a nadie.'

Quizá por eso los defensores del Reino procurábamos evitarlos a veces, o saltárnoslos. A veces sabíamos lo ocurrido con absoluta certeza, habíamos visto u oído y no necesitábamos juicios en regla que podían contradecirnos o desmentirnos, considerar que nuestras pruebas eran insuficientes, palabra contra palabra tan sólo, o que no eran pruebas sino '*hearsay*', rumores y habladurías, deducciones.

Wheeler había sido defensor durante la Guerra, en la que todo es más nítido y se admiten pocas demoras y cavilaciones, y había añadido: 'Yo no le reconocería autoridad a ningún tribunal. Si pudiera evitarlo, no me sometería a un juicio jamás. Cualquier cosa antes que eso. Tenlo presente, Tomás. Piénsatelo bien. A uno lo pueden enviar a la cárcel por capricho. Simplemente por caer mal'.

Todos sabíamos que también lo contrario era posible, que a un culpable lo soltaran también por capricho, simplemente por caer en gracia a quien no había sido testigo de nada ni sabía más que las contrapuestas versiones de unos y otros. Me imaginé que por ahí iban los tiros en esta ocasión, que Tupra suscribía la lección de Wheeler, no en balde había sido su mentor y maestro.

—Si el odio nos es desconocido, Bertie, ¿por qué andáis tras esa mujer a estas alturas? Diez años es mucho, y hemos dejado correr cosas peores, cuando nos convenía a nosotros o a los de arriba. Si en todo ese tiempo esa mujer no ha hecho más, puede que ya no represente peligro. Me cuesta creer que se trate de hacer justicia. La justicia importa o no, según los días y las perspectivas.

Tupra se había ido comiendo la segunda ración de bravas, con más calma, una a una. Miró a su alrededor y le hizo un gesto a la camarera, quería ya que pagáramos, el glorioso sol de York engañaba al frío, pero no lo suprimía, llevábamos mucho rato al aire libre un 6 de enero. Se había impacientado del todo, aunque se controlaba, dependía de mí todavía. Recogió las tres fotos con un veloz ademán de tahúr, las devolvió a su sobre y me lo tendió.

—Está bien, veo que hoy no vas a mirarlas, no me vas a dar el gusto. Quieres hacerte de rogar y tenerme un poco en vilo, se comprende, qué menos. No importa. Llévatelas y te las miras con

tranquilidad en casa, cuando te parezca. Yo te llamo mañana o pasado, estaré aún en Madrid casi seguro. Esto sí te adelanto: tendrías que instalarte unos meses, si eres rápido unas semanas, en la ciudad en que viven, del noroeste o por ahí, aquí en España. Trabarías contacto con ellas hasta dar con la que interesa y descartar a las otras dos, pobrecillas, esas no habrán hecho nada. Los detalles cuando me hayas dicho que sí, que estás dispuesto. O te verás con George y él te los suministraría.

—Si te lo digo —le contesté.

Cuando vino la camarera con la nota, se metió las manos en los bolsillos del abrigo, dándome a entender que, aunque él me hubiera convocado, la ley de la hospitalidad me obligaba a abonar aquella cuenta. Cogí el sobre, me lo guardé y nos levantamos, la verdad es que me había costado mantener la vista apartada de las fotografías, los ojos suelen irse hacia lo que han decidido no ver, y me alegré de tener la oportunidad de mirarlas más tarde a mis anchas, sin su presencia. Siempre podría mentirle, decirle que ni me había molestado, que no me interesaba nada que viniera de sus tejemanejes.

Al echar a andar vi a la lectora de Chateaubriand sentada en otra terraza, también había aguantado lo suyo al fresco, tanto como nosotros, con su gorro, curiosamente. Seguía con su grueso libro abierto en las manos, pero desvió la vista azul un instante, no tanto hacia mí cuanto hacia Tupra. Que él no le devolviera esta vez la ojeada me convenció de que se conocían; era impropio del personaje no hacerlo, por enamorado y casado que estuviera, qué tendría aquella Beryl. Quizá se había convertido en uno de esos subjefes que no van sin apoyo a ningún sitio, ni siquiera a la Plaza de la Paja a ver a un antiguo subordinado.

—Sí me lo dirás —murmuró entonces.

—¿El qué? —Se me había olvidado mi anterior frase.

—Que sí, que aceptas. Que te trasladarás a esa ciudad del noroeste.

Su seguridad no me ofendía, porque la decisión estaba en mi mano y no en la suya. Ya no obedecía sus órdenes. No le contesté a eso, le dije:

—Claro que conoces a esa mujer, a la lectora de *Outre-tombe*. Ahí continúa de guardia. Tú sabrás para qué la has traído, pillará un buen resfriado.

—¿Ah, aún estaba ahí? —respondió sin volver la cabeza—. Pura casualidad. Recuerda otra vieja lección: tan malo como andar desprevenido es estar paranoico. ¿Hacia dónde vas?

—A casa. No estoy lejos.

—Te acompañó para estirar las piernas. Luego tomaré un taxi.

—Como quieras.

Fuimos caminando en silencio hacia la Plaza de la Villa, subiendo breves tramos de escaleras, después yo seguiría hasta Lepanto o me acercaría a casa de Berta y los hijos, a Pavía. No es que celebráramos los Reyes como una verdadera familia, pero agradecerían que me asomara o eso quería creer, a veces tenía la sensación de ser para ellos un pariente secundario que si aparece es bienvenido —un tío de América que cuenta anécdotas, y con dinero—, y si no, no pasa nada; no hay modo de pagar la factura de tantos años de ausencia. En la calle del Cordón, ya al desembocar en la plaza, Tupra se paró y me dijo, como si le hubiera estado dando vueltas no al asunto, sino a si valía la pena perorar un rato para ilustrarme:

—Las personas, los individuos, sí se cansan del odio. Pasa el tiempo, se les desdibuja la causa que lo originó y les cuesta seguir sintiéndolo con la intensidad del principio. Están solos con ello, y hay que ser muy disciplinado para azuzarse a uno mismo a diario. Antes o después se olvidan y se vuelven perezosos, pasivos. Las organizaciones no. No olvidan ni perdonan nada, porque siempre hay miembros que mantienen la llama viva mientras otros reposan y se desentienden o envejecen, y que la entregan a tiempo sin permitir que se apague. Lo mismo que algunas familias a sus vástagos, de generación en generación indefinidamente. Para eso se crean, por eso son tan difíciles de combatir y por eso perduran, a veces siglos para desesperación del mundo. Cuanto más despersonalizado un grupo, menos reflexivo y más sordo y ciego, más granítico y más fanático. Hay algo religioso en todos ellos, heredan enemigos y veneraciones y creencias que jamás cuestiona nadie, esa es su fuerza. Una fuerza estúpida pero inmensa, porque

la razón no le hace mella. —Hizo una pausa, sacó un cigarrillo más, lo encendió mirando a la estatua de Don Álvaro de Bazán con su bengala, en la Plaza de la Villa, le dio dos caladas y la señaló con el pitillo—. ¿Quién es ese, con sus calzas?

—Don Álvaro de Bazán, el Marqués de Santa Cruz, el Almirante al mando de la flota española en la batalla de Lepanto.

—Ahí vives tú ahora, ¿no?, en la calle de Lepanto. 1571, ¿verdad? ¿No fue donde perdió la mano Cervantes?

—Le quedó inutilizada, sí, a los veinticuatro años. Se llamó a sí mismo ‘el manco sano’.

—¿Y qué pone ahí? —Se acercó para leer la inscripción del pedestal—. Tradúceme, anda.

—No sé si te va a gustar —dijo tras mirar los versos.

—¿Por qué? ¿Qué dice? No me censures nada.

Le tradujo lo mejor que pude:

—‘El fiero turco en Lepanto, en la Tercera el francés, en todo el mar el inglés, tuvieron de verme espanto.’

—¿‘En todo el mar’ nada menos? —me interrumpió—. Eso tendrá que comprobarlo. ¿Qué más?

—‘Rey servido y patria honrada dirán mejor quién he sido por la Cruz de mi apellido y con la cruz de mi espada.’

—No está mal. Anticuado, pero no está mal. —Y a continuación reanudó su discurso—: Nosotros tampoco olvidamos, Tom, porque para luchar contra ellos debemos imitarlos un poco y parecernos, si no estaríamos perdidos, en enorme desventaja. Nosotros también somos una organización. Una institución, un cuerpo antiguo, con archivos que nos reclaman justicia y que son nuestros recordatorios, o nuestras conmemoraciones si prefieres, incluso nuestras veneraciones. Pero no es el odio lo que nos mueve, ni la venganza, ni el sentimiento de un agravio eterno que nunca podrá ser deshecho, como a las bandas terroristas y a las mafias y hasta a algunos pueblos con vocación de ofendidos y oprimidos, que los necesitan para pervivir y alimentarse, para inocularlos en los nuevos adeptos de la manera más simple posible y reclutarlos en abundancia; y para que los traidores y los enemigos se crean siempre bajo la espada y nunca jamás a salvo, así lleven librándose décadas de la sentencia que se dictó contra ellos. Sus amenazados

y condenados se levantan cada mañana con miedo, pensando: 'Ayer no, ni anteayer, ni el mes pasado, ni ningún día de los últimos cinco o diez años, tan lentamente transcurridos noche a noche y día a día. Pero quién me asegura que no será hoy, en cuanto salga a la calle como si nada; o que no me envenenarán hoy la comida; o que no llamará a la puerta un amigo y será él el que me pegue un tiro'. El odiado con vehemencia, el que se siente y sabe odiado, vive cada jornada como si fuera la primera de su sentencia, luego está siempre alerta y preparado, siempre en guardia y dispuesto a batirse.

Tupra seguía observando la estatua mientras hablaba, con una mezcla de identificación y antipatía, de admiración y desafío. Durante un instante le prevaleció lo primero, porque de repente dijo:

—Está bien eso de 'Rey servido y patria honrada', era así, ¿verdad? La gente no tenía dudas entonces. —Y a continuación le prevaleció lo segundo, porque se le escapó un comentario absurdo, dirigido a Don Álvaro en bronce—: Conque 'en todo el mar el inglés me tuvo espanto'. Valiente fanfarrón estás hecho. —Luego prosiguió como si hubiera sido un aparte teatral del que los personajes no se enteran, sólo el público—: El que no siente ese odio está más desprotegido y se confía, y se le quitan las ganas de matar, hasta de defenderse si me apuras. Cree que el Estado olvida, o la Corona, o la República. Que tiene demasiado de lo que ocuparse y poco tiempo para mirar atrás, lo empuja el presente; que deja correr los antiguos crímenes porque a veces le conviene políticamente y sale ganando si los sepulta. Cree ser insignificante en medio de tantos frentes y eso obra en nuestro beneficio. Está equivocado. El odio nos es desconocido, sí, no debemos permitírnoslo. Nosotros no ponemos pasión, pero el tiempo no avanza y nunca olvidamos nada. Lo de hace diez años es ayer para nosotros. Es hoy mismo incluso, está pasando.